



KOBO ABE

# IDÉNTICO AL SER HUMANO

Lectulandia

La noticia de que acaba de despegar un cohete espacial con destino a Marte llena de zozobra al creador del programa radiofónico «Hola, marciano». El temor de que la realidad pueda desbaratar su universo de ficción y poner en peligro el modesto *modus vivendi* con el que intenta asegurar la estabilidad de su familia hace tambalear el precario equilibrio del periodista, cada vez más paralizado por la angustia y la pérdida de la autoestima.

La inesperada visita de un oyente que asegura ser un marciano «idéntico al ser humano» desencadena un desconcertante e incómodo diálogo en el que, al modo beckettiano, se transita fácilmente de la lucidez al delirio. Con un impecable manejo de la alegoría y de la sátira, Kôbô Abe se servirá de las irritantes palabras de estos dos seres extraviados para enfrentar al lector a algunas de las obsesiones que lo han emparentado con Kafka o Camus: el problema de la identidad y el desasosiego de no saber quién se es ni quién es el otro, el cuestionamiento de la noción de realidad o la crisis de supervivencia del ser humano frente a las estructuras dislocadas y caóticas del mundo contemporáneo. El lector, magnetizado por la tensión dramática, espera, como en un relato policial, que el suspense vaya cediendo hasta revelar el desenlace: «¿todo esto será la consecuencia de la fábula vencida por la realidad o de la realidad vencida por la fábula?».

Con *Idéntico al ser humano*, Kôbô Abe se distancia del color local que caracteriza la tradición literaria japonesa e incorpora algunos de los grandes temas de la modernidad, como la ficción científica, la seducción por el lenguaje de las matemáticas y los sistemas clasificatorios o la reflexión sobre la convivencia en las ciudades impersonales, vertiginosas e inhumanas de nuestro tiempo.

**Lectulandia**

Kôbô Abe

# **Idéntico al ser humano**

ePub r1.0

jugaor 24.10.15

Título original: (*Ningen sokkuri*)

Kôbô Abe, 1967

Traducción: Ryûkichi Terao

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Aquel extraño personaje llegó una tarde soleada de mayo. Parecía un vendedor de máquinas de coser, y arrastraba sus pasos con lentitud. Desgraciadamente en aquel entonces mis condiciones mentales no eran las mejores. Del poniente soplaba un viento de cuatro kilómetros por hora. La corriente de aire que venía del mar despejaba el cielo, algo raro que casi nunca sucedía en esos días, y las ventanas de la vecindad, comúnmente cerradas en esa temporada, eran abiertas con el propósito de limpiarlas del hollín acumulado.

El clima era bueno. Sin embargo, mi habitación lucía en un estado deplorable. Las ventanas y las gruesas cortinas cerradas dejaban todo en penumbras. Apenas brillaba la luz de una lámpara eléctrica. Y yo había fumado tanto, que estaba al borde de un ataque de asma.

¿Qué podía esperar un vendedor como aquél que por casualidad se había encontrado con un cliente tan malhumorado? Pisaría la cola de un tigre dormido y tendría que salir a toda carrera humillado por mis insultos. La única arma pacífica de un vendedor ordinario es la adulación.

Sin embargo, ese hombre no era un vendedor ordinario. Acaso sólo la adulación podría servirle como una estrategia eficaz. En el mundo hay hombres que se ahogan en un vaso de agua. Y yo no estaba en condiciones de portarme como un tigre. Si alguna semejanza tendría con un tigre sería apenas por mi rostro pálido debido a los padecimientos mentales, y por mi pijama a rayas, que no me había quitado desde la mañana. Y no podría molestarme con la pisada, porque yo ni siquiera tenía cola. Al contrario, debo admitir que me sentía desolado, como un gato muerto de hambre. Miedoso, sin saber qué gente vendría, o si sucedería algo malo, atisbaba a mi alrededor con los ojos entrecerrados. En circunstancias tan desfavorables, una mediana adulación hubiera sido suficiente para atraparme. Ese hombre extraño sabía aprovechar muy bien los puntos débiles.

Hubo demasiadas coincidencias. No sé si realmente fueron coincidencias o si se trató de algo premeditado —seguro que todo había sido fríamente calculado y planeado con anticipación—, pero justo cuando la radio acababa de emitir por tercera vez la noticia urgente de aquel famoso cohete que había logrado aterrizar exitosamente en el planeta Marte, sonó el timbre de la puerta carbonizando mi corazón de pájaro, que ya estaba tendido sobre la parrilla, chorreando grasa.

Al permanecer en silencio, escuché cómo se deslizaba la puerta de la sala contigua... Por el pasillo se escuchaban los pasos húmedos de mi esposa que sonaban como si acabara de salir de una nevera... Hubo unos minutos de cuchicheos en el zaguán... A la vuelta mi mujer entró en la habitación sin pedir permiso, y en tono de reproche, me dijo mirándome a los ojos: «Allí está un señor que quiere consultar

contigo algo sobre el asunto del marciano...».

• • •

Todo esto, ¿ya para qué? ¿Acaso sirve de algo escribir todas estas estupideces? Para empezar, no tengo ni la menor idea de cómo estas notas llegarán a sus manos. Seguro las leerá como los disparates de un loco. Es posible que usted sea compañero de esa gente... Qué farsa tan ridícula, qué risa le causará a usted todo esto... Bueno, sería más desesperante todavía seguir deliberando de esta manera. Al recordarlo todo ahora, me doy cuenta de que fui castigado por mi actitud conformista. Ya no me importa que usted sea amigo o enemigo, el único camino que me queda es dejar atrás esta trinchera inútil y enfrentarme al destino con todo mi coraje.

(¡Ojalá usted sea un «ser humano», al igual que yo! Al menos en el sentido común de esta palabra, que está en cualquier diccionario o enciclopedia y que todos hemos usado cotidianamente sin confusión semántica).

Me permito aclarar que no soy tan optimista como para creer que ya tengo un aliado, sólo porque usted sea un «ser humano» como yo quisiera que lo fuese. Me encuentro en una situación demasiado anormal para convencer a alguien de la veracidad de mi relato. Aunque usted sea un «ser humano», dudo que reconozca una esencia humana en mí.

Puesto que el espejo torcido sólo refleja imágenes distorsionadas, toda la lógica se derrumba cuando proyecta una imagen correcta. Desde luego, no habría líneas paralelas si nos saliéramos del espacio euclidiano. Sin embargo, nuestra vida siempre se fundamenta en el marco de leyes empíricas...

No, dejemos todo esto así. Estas excusas insignificantes terminarán volviéndome más sospechoso y vulnerable. Es inútil proclamarse cuerdo para disipar la sospecha sobre nuestra propia locura. Por el momento, me basta con que usted acepte que el espejo está torcido.

Imagínese que le llegaran a pedir una evidencia física de que usted es un «ser humano» auténtico, seguro que se molestaría o se reiría sin hacerles caso. Un ser humano lo es porque sí, sin necesidad de demostrarlo, tal como el axioma de las líneas paralelas. A diferencia del teorema, el axioma lo es porque no se puede comprobar desde el principio. Sea el grupo sanguíneo o una radiografía, hay atributos que tienen sentido, sólo que se basan en axiomas principales.

Sí, estoy en un tribunal de la locura y aquí no vale ninguna explicación lógica. Cuando se trata de un tribunal, por absurdo que sea, no se puede esperar que se declare generosamente la inocencia de quienes niegan la sospecha. Una vez considerado como sospechoso, lo único que puedo hacer para convencer al juez de mi inocencia es presentarle alguna evidencia material que se pueda tocar directamente

con las manos.

(No tengo la más mínima esperanza de contar con usted para que me defienda. Sólo deseo que me comprenda y se coloque en mi lugar por si un día la injusticia del destino lo hiciera pasar por esto que yo ahora vivo).

De todas maneras, sigo confiando en usted.

Estaba contando el regreso de mi esposa, y me quedé en el momento en que me revelaba en tono de reproche el objetivo del visitante: «Dice que quiere consultar contigo sobre el asunto del marciano...».

Qué saludo tan inusitado y extravagante. Yo ya me encontraba irritado y melancólico, y hubiera estallado de ira, como sería de esperar, ante un hecho tan absurdo. Si hubiera sabido toda la verdad en ese momento, otra hubiera sido mi reacción. Pero, sólo me limité a observar en silencio el rostro de mi esposa. Nos miramos con seriedad y sin saber qué hacer, como si de repente nos hubiera sorprendido un acreedor.

Obviamente, todo esto tenía cierta lógica. Había un interés profesional relacionado con mi trabajo... Se trataba de una lógica trivial. Todo me afectaba, la situación era muy grave para mí.

Le aclaro de una vez que yo debía escribir el guión y producir un programa de radio, como los de sátira social, que se transmitía todos los días —menos los domingos— desde las once hasta las once y media de la mañana, bajo el título de «Hola, marciano», y de ahí provenía el principal ingreso de mi familia. Me esforzaba, y a mi manera, obtenía unos resultados modestos pero satisfactorios, pues la emisora recibía más de veinte cartas al día. El programa había durado casi dos años... Pero ese cohete lanzado hacia Marte sí que modificaba el rumbo de las cosas.

El cambio se hizo visible a mediados del mes pasado cuando anunciaron en el noticiero que el cohete había realizado el primer ajuste de posición en siete meses, generando una serie de discusiones acerca del éxito del aterrizaje. Un día, el subdirector de producción me dijo al cruzarse conmigo en un pasillo de la emisora: «Ojalá los marcianos entiendan nuestra broma...».

Me habló en un tono completamente casual. Posiblemente no quería insinuar nada en particular, pero si no tenía ninguna intención irónica, era peor porque de esa manera revelaba sin querer su opinión franca sobre el programa, lo que me causó un fuerte impacto emocional.

Afortunadamente, nunca más me dirigieron una frase tan directa, pero una vez que se acciona una alarma no es fácil desactivarla. Pronto me di cuenta de que habían cesado las críticas, opiniones y consejos, tanto a favor como en contra, tan frecuentes antes como los gorriones que se escuchan en las mañanas. El productor encargado se había vuelto extrañamente afectuoso conmigo y me complacía en todo con respuestas afirmativas, sin reprocharme la demora del guión ni nada relacionado con el trabajo. Esa actitud era más elocuente que cualquier proclama abierta para comunicarme sin misericordia sus verdaderas intenciones.



No me dejé vencer tan fácilmente. Tenía mis propias razones para resistirme. Ciertamente este cohete marciano era diferente a los anteriores, sobre todo en lo que se refería a los objetivos, puesto que los otros se habían destinado a meras exploraciones espaciales. Éste se comprometía a tocar, aunque fuera de una manera indirecta, la superficie desconocida del planeta. Todo eso lo sabía perfectamente. Sin embargo... desde la pasada exploración del *Marina 4* se hizo demasiado evidente que no existían animales superiores en Marte: bajo la lluvia de escarchas de hielo carbónico, el planeta desecado de color rojo muestra un silencio mortuorio... ¿A quién se le ocurriría discutir la existencia de marcianos en nuestra época?

Pregúntese, por favor, si hay alguien que lee los *Viajes de Gulliver* de Swift como si fueran anécdotas reales. Si acaso lo hubiera, sin duda sería un demente con algo de imaginación. Desde el comienzo Swift creó un personaje ficticio, y de eso no hay ninguna duda. Mi marciano también —estará usted de acuerdo conmigo si ha escuchado siquiera una vez el programa— es un Mr. Gulliver moderno, habitante de una fábula, que, por así decirlo, observa con una óptica distinta el mundo humano para detectar sus aspectos cómicos, no descubiertos en estado normal... Al tratarse de una fábula, ¿por qué no acudir al marciano, ya definitivamente inexistente, en lugar de rebuscar algo más enigmático?

Creo que no me hubiera acobardado tanto si aquella presión silenciosa se hubiera mantenido dentro de los límites de la emisora. Desde luego, no esperaba convencer con facilidad a los directivos, que eran incapaces de distinguir la fábula de la realidad, aunque ellos tenían también su propia debilidad: esa ingenuidad simplista de creer única y exclusivamente en la omnipotencia del porcentaje de radioescuchas para despachar cualquier problema. Mientras su preocupación —esa preocupación tan ingenua de que el cohete cayera encima de mi marciano para hacerle un daño mortal— no se reflejara claramente en esa cifra todopoderosa, creo que todavía me quedaba espacio para patalear.

Y eso era lógicamente imposible... Que el cohete real llegara a tocar al marciano de la fábula, era como si un disparo desde la pantalla del cine pudiera herir a algún espectador... Sin embargo, era muy ingenuo de mi parte suponer que estaba a salvo con el argumento racional. No pasó mucho tiempo hasta que las cartas de los radioescuchas, y también una avalancha de informes de los monitores de audiencia, llegaron para sincronizarse maliciosamente con la corriente desfavorable de la emisora.

*Soy un hombre de 76 años que necesita una hora diaria de siesta según el médico. Al escuchar un programa tan anticientífico como el suyo, me inquieto mucho. Me impresiona esa expectativa tan oscura hacia el futuro y esto me hace perder el reposo necesario. Me permito rogarle que tenga más consideración, pues literalmente me está acortando la vida.*

*Maestro, ¿usted no tiene hijos? Los niños sueñan con el éxito del cohete marciano y están llenos de esperanzas. ¿No le da pena perjudicar sus almas puras con una broma tan grotesca como esa de «Hola, marciano»? Como madre de un niño, le suplico que se despidiera cuanto antes de ese marciano tan antídídáctico.*

Estas cartas me cohibieron. ¿Sería acaso que estaba presentando un teatro de monos ante los mismos monos como espectadores? No hay nada tan miserable y deprimente como una broma malinterpretada. La única salida que le queda a un bufón que no logra generar risas es la muerte o la venganza, recuerdo que decía alguien en un libro... ¡Cuánto desearía disparar desde la emisora misma y acabar con todo!

Pero yo no vivo en una fábula sino en el mundo real, en donde tengo una familia que mantener y, lamentablemente, no me puedo dar el lujo de sacrificarme en vano. Completamente desolado, visualicé con nitidez la amenaza del cohete que avanzaba hacia Marte a una velocidad de 30 kilómetros por segundo. Sintiéndome perseguido, pensé: «Tiene que haber todavía alguna salida, sea concesión o fraude, para reivindicar la fábula de mi marciano».

En uno de aquellos días, leí por casualidad un pequeño artículo enmarcado en una esquina del periódico vespertino:

*El escándalo de anoche en la estación N del Ferrocarril Nacional, ocasionado supuestamente por un ovni, se disipó en unos minutos al saberse que había sido causado por un anuncio de neón que, empañado por el gas, produjo un efecto ilusorio desde el edificio cercano de un supermercado. Creyendo todavía en aquellos que afirmaban que el objeto volaba en una dirección diferente, hoy se ha congregado un gentío, mucho mayor de lo normal, para confirmar la veracidad de la noticia. Según el Comité Militar del Congreso Norteamericano, hasta ahora se han reportado veinte mil catorce casos de ovnis, la gran mayoría de los cuales se han atribuido a los errores sensoriales originados por cometas y fenómenos solares, pero a los mil veintiuno restantes no se les han dado explicaciones satisfactorias. Para nuestro país, tan atrasado en la carrera espacial, constituiría una buena oportunidad que lograra contactarse con extraterrestres por primera vez en la historia humana. Un ovni sería bienvenido, si es que existiera de verdad, y deberíamos recibirlo con cordialidad sin acudir a ninguna clase de actos demagógicos.*

Me acuerdo que lo leí en el tren cuando regresaba de la emisora. Tuve un presentimiento de que algo iba a explotar en el fondo de mi corazón. Repasé apresurado el artículo, que parecía funcionar como un detonador, y al terminar tuvo lugar una explosión fulgurante. En el mismo momento en que las ondas rozaban mi frente, se me configuró de repente una espléndida idea de contornos bien trazados.

Me bajé apurado del tren para irrumpir en una cabina telefónica. En realidad no era necesario tanto afán, pero ante el inminente aterrizaje del cohete marciano, mi incapacidad para encontrar alguna salida me tenía al borde de la impaciencia. Además, que concibiese la idea con tanta contundencia me inspiraba confianza. Quería retar a la gente de la emisora cuanto antes y así recuperar rápidamente la estabilidad de mi hogar y tranquilizar a mi esposa. Si la mujer que ha perdido la confianza en su marido es desdichada, más lo será el marido que ha sido despojado de esa confianza.

Cuando me comunicaron con el director de Producción, que era el responsable inmediato del programa, le hablé en un tono casi arrogante.

—Asunto arreglado, jefe. Se me ocurrió una idea genial, que podremos poner en práctica a partir de la próxima semana. Tendrá un estilo totalmente distinto y nuevos matices, será un cambio de dirección completo...

—Oye, pero... —me espetó una voz nasalizada, con cierto desánimo—, sabes muy bien que desde el comienzo tienes toda la libertad para organizar tu programa...

—Escúcheme. Déjeme hablar más en concreto. A ver, por ejemplo, coloquemos al inicio del programa un locutor que lea una consulta personal de algún radioyente...

—Disculpa, se oye el ruido de un tren...

—Ah, perdone. ¿Quiere que lo llame desde un sitio más silencioso?

—¿Pero, por qué tanto apuro para hablar de algo tan...?

—Apuro lo tenemos los dos, señor. Ya es inminente el aterrizaje del cohete. Pero, fíjese usted, ya no hay nada de qué preocuparse. Démosle un vuelco al tema marciano hasta obtener la victoria final. Mire, volviendo al tema de la consulta personal, podría ser la súplica de un ama de casa... Permítame leer un ejemplo.

—¿Qué? ¿Una correspondencia verdadera?

—¡Qué va! Se me acaba de ocurrir ahora mismo. —Enseguida hablé de corrido, imitando la entonación de locutor—: Llevamos once años de casados y él siempre ha sido buen marido, buen padre, sin defecto alguno, pero hace algunos días empezó a decir que había visto un ovni a la vuelta del trabajo y no ha dejado de insistir en que capta señales de extraterrestres. Desde entonces, cada vez que le llaman, de día o de noche, sale y atiende la llamada, a veces pernocta fuera de casa. Por más que le pregunte dónde se ha quedado, me repite obstinadamente que sin el permiso de los

extraterrestres no puede revelar ninguna información. Le he recordado incontables veces que está descuidando demasiado el trabajo, pero siempre me responde que me tranquilice y que pronto tendrá un cargo importante en un comité que prepara negociaciones con el gobierno. Yo ya ni puedo dormir de la angustia. En una ocasión, se molestó tanto por mi desconfianza que llegó a hablarme de divorcio, me dijo que ya no podía seguir conmigo. ¿Será que mi marido ha enloquecido? ¿O existe de verdad un ovni?

Al sentir una risa tenue a través del auricular, me animé todavía más a seguir hablando en un tono enfático después de hacer una pausa breve.

—Invitamos a la remitente a nuestro próximo espacio para que consulte directamente con destacados especialistas en la materia. Podemos invitar a varios de ellos: un psiquiatra, un escritor de ciencia ficción, un astrólogo, un investigador de ovnis, un funcionario...

—Ficticios, desde luego.

—No, mejor que sean auténticos. Ya le he dicho, jefe, que se trata de un cambio de dirección completo... Se buscará un efecto de transmisión viva, de no saber qué sigue, ¿entiende? Cada quien con su argumento acalorado, qué divertido, ¿no le parece? Pero lo más interesante viene después. Justo cuando esa cómica discusión entre los participantes llegue al clímax, interviene el locutor, diciendo: «Perdonen que les interrumpa un momento, pero nos ha llegado un dato importante, que es el informe del detective contratado por la señora... ¿Puedo leerlo?». Después de un silencio, la mujer asiente con expresión afligida. En medio de la ansiedad unánime, se transmite el informe del detective. A ver, jefe, ¿cómo cree que termina la historia?

—Ni idea...

—En realidad... —dejé una pausa, muy breve para evitar una impresión desagradable—, todo fue por causa de una mujer.

—¿Una mujer?

—La verdad es más sencilla de lo que parece. El ovni no había sido sino una excusa del marido para salir a encontrarse con su amante...

Me callé en espera de una risa cómplice, segurísimo de obtener una reacción favorable. Sin embargo, no escuché ninguna risa ni palabra alguna, sólo se percibía un ruido confuso. Cuando estaba a punto de preguntarle, preocupado por su silencio, el jefe habló.

—A ver, ¿pero qué sucede con el marciano, ésa es la cuestión?

El tono demasiado despreocupado me desanimó por un segundo, pero preferí ignorarlo y retomar mi táctica, diciéndome para mis adentros que el buen escalador jamás dirige su mirada hacia el abismo.

—A eso voy. Le estoy hablando por teléfono porque quería consultar un asunto con usted. El marciano se esfumó de repente, o mejor dicho, se transformó como si fuera el negativo de una foto... Para evitar que se nos acuse de estar ofreciendo gato por liebre, debemos pensar en la posibilidad de modificar el título del programa. A mí

me parece que puede ser algo tan atrevido como «Adiós, marciano». ¿Qué opina usted?

—«Adiós, marciano»...

—Sí. ¿No le parece un título ingenioso?

—Ciertamente lo es, a ver...

Cuando pensé que íbamos a llegar a un acuerdo, me relajé un poco y le hablé en un tono más cordial.

—Ya estoy harto de un público tan poco susceptible a las bromas. Si nuestro marciano es ya un bufón fracasado, mejor hagamos que actúe como tal, ¿verdad?

—Sí, es ingenioso de verdad, joven —dijo el director un poco más animado. Al parecer ahora comprendía mejor las cosas—. Buena idea, oye, es realmente genial para clausurar «Hola, marciano». Las aves migratorias se marchan con el agua limpia, como dicen. Estoy seguro de que será bien recibida una despedida sin tanta formalidad.

—No, jefe, no está entendiendo bien mi propósito —dije perplejo, en medio de un ataque de tos—. No es la clausura sino la inauguración. Con el nuevo título «Adiós, marciano», recomenzamos el programa. Así podremos convertir la crisis en una buena oportunidad. Así que...

—Ni se te ocurra —me interrumpió sin dejarme continuar—. No vale una jugada tan tramposa. Pase lo que pase, un cambio así de simple revelaría abiertamente nuestra falta de confianza. El programa es un bien público que no permite esa clase de irresponsabilidad. ¿Tú sabes, joven, lo que es la dignidad?

—Claro, yo también tengo mi propia dignidad, pero un pequeño cambio de nombre o de estilo no altera de ninguna manera el contenido básico del programa... Desde el comienzo, el marciano no era sino un pretexto para abordar temas terrenales que nos interesaban...

—Ahí está lo malo. ¿No crees que un planeta desierto pueda tener más encanto del que imaginas? Me parece demasiado arrogante de tu parte, joven, que no quieras reconocer el misterio y el enigma de Marte, por más vacío, lejano y repelente que se vea.

—Usted está hablando de cosas que no vienen al caso.

—En fin, yo como director del programa jamás permitiré que se le cambie el nombre.

Se escuchó un golpecito. Una joven, que estaba esperando su turno afuera, tocó el vidrio de la cabina telefónica. Detrás, un hombre de patillas largas y con el ceño fruncido me miraba con notable malhumor.

—Disculpe, señor, espere un minuto... Estoy en una cabina telefónica, y hay gente afuera que espera con impaciencia. Le vuelvo a llamar desde otro teléfono...

—En buena hora. Dejemos la conversación así —me dijo en un tono demasiado natural—. Bueno, dicen que, comparado con el cohete lunar, el marciano es técnicamente mucho más complejo y que, por lo tanto, tiene todavía una alta

probabilidad de fracasar. Mantendré mi secreta esperanza de que se malogre ese aterrizaje en Marte.

En mala hora había yo metido la pata. Con profunda humillación, me resigné a recibir la deprimente noticia sobre el aterrizaje del cohete marciano, lo que me dejó sin ninguna posibilidad de probar algún contraataque.

Al enterarme de la noticia, el impacto fue tan grande que me venció la frustración. Me sentía humillado y traicionado. Cada vez que repetían en la emisión especial del noticiero que todos los aparatos se encontraban en perfecto orden, me iba convenciendo de que el cohete marciano no era una simple máquina sino una forma de perfección del pensamiento humano. Era el mismo pensamiento, acompañado sólo de su propia figura ilusoria, el que iba a explorar el terreno baldío del planeta desconocido para transmitir imágenes a la Tierra en los meses siguientes. Ante una escena tan vívida, mi marciano parece un ente artificial, carente de realidad. Mi castillo de fábula se esfumaba como un fantasma en la luz matinal, no sólo por la falta de imaginación del público, sino por mi propia torpeza, que me había impedido hasta el último momento aceptar la derrota. Fui vencido. El asesinado no había sido el marciano sino yo mismo.

En esas circunstancias, era lógico que esperara la inevitable llegada del decreto con el que me iban a despedir de la emisora. Y si alguien me buscaba con el propósito de hablar del marciano, inmediatamente lo creía mensajero del jefe. Hubo demasiadas coincidencias. Todo me cayó de sorpresa, pero una sorpresa bien tramada.

Mi esposa me apresuró.

—¿Lo dejo pasar?

—¿Es el productor encargado, el mismo de siempre?

—Me parece que no.

—¿Es el mismo director de producción?

—Yo no lo he visto antes.

En realidad, debí sospechar algo raro en este punto. Si se tratara de la emisora, sería un acto demasiado indiscreto y anormal, pues jamás enviarían un mensajero desconocido sin llamada previa... Sin embargo, yo estaba tan desmoralizado que, en lugar de dudar sobre la condición de la visita, me dispuse para lo peor, ya completamente desprovisto de fuerzas para luchar.

—Bueno, lo recibiré, entonces.

Me mantuve de pie sin lograr sostener la mirada de mi esposa, sintiéndome condenado al matadero, mientras para mis adentros maldecía al cohete y al planeta desierto...

—Ánimo, pues. —A pesar de que me lo dijo en un tono casual, la frase me sonó irónica como si implicara una reprimenda ante mi torpeza para manejar asuntos mundanos.

—Ánimo, ¿para qué? ¿Quieres que le suplique al jefe que sustituya al marciano por el extraterrestre XM4Q?

—Te lo dije sólo para animarte. ¿Puedo abrir la ventana?

—No hace falta.

—El humo del cigarro me hace lagrimear. Pareciera que esto es el velorio del marciano...

—No del marciano, más bien parece mi propio velorio.

—Un castigo bien merecido. No debes involucrar al visitante.

—¿Acaso crees que ahora voy a implorar compasión?

Después de apagar el cigarro a medio fumar, ya casi al borde de la impaciencia, salí de la habitación balbuceando: «¡Maldito marciano!», cuando sonó el teléfono. Inmediatamente pensé que llamaban de la emisora. Debería haber llegado primero la llamada y después la visita, pero el orden se invertía tal vez por alguna confusión.

—Contesto yo —le dije a mi mujer estirando la mano para tomar el auricular, mientras señalaba el zaguán con la barbilla—. Dile que me espere un momento.

En cuanto mi esposa cerró la puerta, se escuchó en el auricular una voz joven y femenina que me decía apresurada:

—Sí, disculpe, ¿por casualidad no ha llegado ahí una persona que dice que quiere hablar del marciano con usted, señor? Sí... es un hombre, es mi marido...

Era algo que no me esperaba. Se me frustró la expectativa de conseguir alguna información por anticipado.

—A ver, ¿algún mensajero de la emisora?

—No, qué va, es mi marido. Me da pena decirlo, pero es esquizofrénico.

—Esquizo... ¿O sea que se trata de un demente?

—Es aficionado a su programa «Hola, marciano», señor. No digo que sea sólo por eso, pero él se ha creído marciano... Suceda lo que suceda, no se pierde el programa ni un solo día... Y para colmo, la noticia del cohete marciano de hoy... Está demasiado excitado y desde la mañana se ha obstinado con la idea de visitarlo...

—Ya veo, un demente... —Una risa amarga se escapó de mis labios tensos, como si hubiera ingerido demasiada gaseosa.

—Sí, justo hace tres días le dieron de alta, señor.

—Bueno, ha de ser un demente divertido si se ha creído marciano... —La risa me golpeó en el bajo vientre. Ya no sabía si me divertía de verdad o si acaso me irritaba—. Gracias por avisarme, señora. Sí, efectivamente parece que aquí ha llegado un hombre. No se preocupe, que pronto lo haré salir.

—¡No, ni se le ocurra! —El teléfono tembló al máximo y dejó escapar un ruido como de periódico rasgado—. Sería muy peligroso tratarlo de esa manera, porque mi esposo suele ponerse violento. —La dulzura barnizada de la voz femenina no lograba disimular la alarma y la urgencia de la propuesta, hasta el punto de que por un momento me hizo tambalear.

—Pero si ya le dieron de alta.



—Ese cohete marciano fue un estímulo demasiado grande para él, ahora que ya parecía estar en vías de recuperación. Mire, no se alarme usted, sepa que mi marido no se pone violento por cualquier motivo. Atiéndalo bien, por favor, escúchelo. Extrañamente es muy amable cuando lo escuchan. Parece que nada le aflige tanto como ser ignorado. Así que trátelo con calma, señor, se lo agradezco, que yo llegaré en media hora sin falta. De nada sirve llamar al hospital o a la policía, porque una vez que se excita, ya no se puede controlar. Yo soy la única persona que sabe cómo domesticarlo. El otro día se molestó por un asunto trivial y ni siquiera tres hombrones juntos lo pudieron someter; uno salió con un brazo roto, el otro con una herida de tres puntos en la frente, y el último con tres dientes partidos. A todos se los llevaron en una ambulancia. A pesar de su apariencia, es una fiera, entiéndalo. Pero al fin y al cabo es un hombre delicado, su único deseo es que le hagan caso. Por favor, aguante media hora, que yo llegaré enseguida.

Cortó sin esperar siquiera respuesta. Qué lío. Me tranquilicé al saber que no era el mensajero de la emisora, pero un aficionado loco en ese momento era como mascar un chile muy picante. De aquel auricular, que parecía la salida mágica de un espacio topológico, podía brotar cualquier sorpresa, así que permanecí de pie durante un buen rato, abstraído en una mezcla de alivio, ira y asombro.

—Parece que el tipo del zaguán no tiene nada que ver con la emisora.

—¿Quién podría ser entonces?

—Esto —dije señalándome la cabeza con el índice—. Dice que un fan del programa.

—Ah, qué bueno.

—¿Por qué no lo distraes tú con cualquier conversación?

—¡No, ni de broma hablo con un loco!

—Es que necesito seguir esforzándome para encontrar alguna salida... Tarde o temprano, llegará inevitablemente el mensajero correcto.

—O sea que todavía no te has resignado.

—Hay que probarlo todo... Además, el tipo muestra una inclinación hacia la violencia.

—¡Hombre! —gritó más acalorada que nunca—. Pretendes dejarme sola con un tipo peligroso.

—No lo tomes así. Él no hace nada mientras lo escuches sin contradecirle. Y su mujer dice que llegará en media hora sin falta...

—Entonces, ¿por qué no lo atiendes tú mismo?

—Es que a los tipos violentos los manejan mucho mejor las mujeres que los hombres.

—No inventes. Además, es tu fan, ¿no?

—¿Y para qué voy a ocuparme ahora de un fan? Para colmo, el tipo se cree marciano. Es una carga demasiado pesada para mí.

—Marciano con esa apariencia...

La risa irónica que acompañó la frase intensificó el tono de la rabia.

—Ciertamente, parece muy poco humano... esa cara con los ojos tan separados...

—Sin bromas, por favor. Ten compasión. ¿Qué tal si le caigo bien y me empieza a perseguir...?

—No faltaría más, qué gusto... En fin, responsabilízate de tus propios actos.

Al terminar de hablar, mi esposa se retiró. Me irrité un poco ante una actitud tan indiferente de parte de la persona que debería proteger el hogar de la inminente invasión de un peligroso enemigo. Luego comprendí que al fin y al cabo yo era el único culpable de acceder a la entrega incondicional del castillo, agitando una bandera blanca en señal de rendición, contra la voluntad de mi esposa. De todas maneras, me parecía insoportable tener que enfrentarme a un loco, que se presentaba como un símbolo caricaturesco justo en el estado vergonzoso en que me hallaba. Mientras rumiaba inútilmente para mis adentros aquel maldito lastre que me pesaba en exceso, se escucharon en la entrada unas pisadas sospechosas que me recordaron

el consejo de la mujer del teléfono. Más valía tragarse la humillación que despertar la violencia de un loco. Como había dicho mi esposa, tenía que responsabilizarme de mis actos sin quejarme... Y salí decidido a saludar con un «hola» a mi marciano fantasmal, y a ver qué sucedería.

Desde la entrada se filtraba una luz que alumbraba su espalda. El hombre se detuvo, asustado, sin saber qué hacer, encogiéndose levemente los hombros y sosteniendo entre sus manos un bolso de cuero, que estrujó contra su pecho.

Aunque a contraluz no se distinguía muy bien, me pareció que su sonrisa era exageradamente amistosa, típica de un vendedor de artículos domésticos. Sólo que el estilo y el color de su traje de franela eran demasiado chillones para un vendedor. El traje no alcanzaba a ocultar su excesiva delgadez y su baja estatura. No parecía tan peligroso aun cuando llegara a ponerse violento. Cuando comencé a modificar la imagen monstruosa que me había hecho de aquel tipo, basada en las palabras de la señora del teléfono, me sentí aliviado. El hombre habló de repente con una voz no muy alta, pero destemplada y apresurada.

—Qué gusto, señor —me dijo riéndose, al mismo tiempo que me hacía una reverencia.

No me agradó su forma de reírse. El hombre continuó, como si se aprovechara de mi momentánea turbación:

—Soy aficionado a su programa, señor. Qué divertido y aleccionador, de verdad. Mire, hoy vengo a ofrecerle un material extraordinario para su programa. Es realmente inaudito, y estoy seguro de que le va a ser de mucha utilidad...

Todo esto lo dijo de un tirón y con la respiración entrecortada, mientras acompañaba sus frases con una sonrisa insinuante. Ciertamente se trataba de un chiflado de marca mayor. Fastidiado con la idea de tener que aguantarlo durante media hora más, le respondí:

—A ver, a ver...

—Tranquilo, que no pienso cobrarle nada. Soy un simple aficionado, y nada me complace tanto como poder ayudarlo. De verdad.

—Ya...

—Entienda que no soy un aprovechado, de ninguna manera. Créame, se lo ruego, señor.

—Cómo no. Se lo agradezco mucho, mucho.

—¿De verdad? —me lo dijo sin dejar de sonreír, ladeando el cuello encogido—. Pienso que se llevará una gran sorpresa.

—No se preocupe. Con tantas experiencias que he tenido en mi vida, no me dejo sorprender tan fácilmente.

—Qué bueno... Entonces, me atrevo a confesar que... —el hombre recorrió sus labios con la punta de la lengua y agarró más fuerte el bolso—, no soy un ser humano común y corriente. Soy un marciano.

Me llamó la atención el tono despreocupado con que habló.

—¿Sí? Ya veo...

De repente se disipó aquel gesto animado que el hombre tenía en su rostro, como si se hubiera de repente apagado la luz, y ya era tarde cuando advertí mi equivocación.

—Qué extraño... —me dijo con voz calmada pero llena de tristeza—. ¿No le parece sorprendente?

Yo estaba completamente perturbado, y cometí otro grave error con una torpeza que no sabría explicar.

—Sí, sí... cómo no, ¡qué sorpresa!... Jamás se me hubiera ocurrido pensar que fueras un marciano...

—¿En serio? —Todavía sin hacer ningún gesto particular, el hombre me dijo abstraído, mirándose la punta de los dedos que se deslizaban sigilosamente sobre el marco de la puerta—. Vea, ¿no le parece incómodo que sigamos conversando de pie? Es que la gravitación terrestre es mayor que la marciana y aquí me canso muy rápido, ¿sabe? ¿Me permite entrar?

Al acabar la frase, suspiró suavemente con el pecho inclinado hacia adelante, mientras sostenía todo su peso sobre un solo pie. Era mañoso y sabía presionar psicológicamente. Su gesto controlado revelaba la amenaza sigilosa de una fiera a punto de mostrar los colmillos, y yo estaba —quizá debido también a la advertencia telefónica— completamente asustado.

—Por supuesto. Pase adelante.

Al escucharme, el hombre recuperó el tono jovial de antes.

—¿Sí? Qué gusto.

Se inclinó con celeridad para desatar las trenzas de sus zapatos. Mi mandíbula resistía para que los dientes no rechinaran. Volví hasta el fondo del pasillo sin mirar hacia atrás y decidí —a pesar de que me parecía un acto demasiado ingenuo de mi parte al tratarse de un loco— rebelarme a mi manera.

—Oye, ¿preparas un té para el señor?

¿Rebelarme? ¡Qué forma de rebelarme!... Acaso sería una ofensa. ¿Una ofensa? ... Sí ¿iba yo a ofender a mi mezquina esposa que creyó imponerme una penitencia al dejarme a merced de este loco? No, más bien se trataba de una ofensa de carácter masoquista al reconocerme derrotado delante de mi marciano. Se trataba entonces de una mera ilusión...

Sentí a mis espaldas unos pasos menudos y una risa afectada.

—No, no hace falta. No se moleste, señor.

—Pasa adelante, siéntate ahí en el sofá...

—No, por favor —me dijo el hombre, retrocediendo con gestos exagerados, casi a punto de derribar un florero que estaba sobre un estante—. No merezco sentarme en el sofá. Por favor, no se moleste, señor. —Y me detuvo a la fuerza para ocupar una silla que estaba al lado de la puerta.

—Es que esa silla es incómoda. Por favor, que estás en tu casa...

—Qué extraño. —El hombre, ya sentado, se me quedó mirándome—. ¿Me tiene miedo, señor? Parece como que me quiere arrinconar para asegurarse una vía de escape.

—¡No, cómo crees eso! —le dije apresurado. Fue una negación demasiado contundente que se prestaba más bien a la sospecha.

Como me sentí un tanto inquieto al pensar que había sido descubierta mi secreta intención, no me quedó más remedio que demostrar la autenticidad de mis palabras mediante los actos. Así que me quedé, sin querer, en el sofá del fondo y el hombre se sentó en la silla al lado de la puerta.

Como la cortina estaba cerrada, no entraba luz por la ventana, pero la lámpara ofrecía una vista del visitante mejor que la que mostrara al contraluz en el zaguán. Su rostro se notaba más débil y delicado de lo que me había imaginado. El cuello de ave, largo y estirado, la nuez de Adán huesuda y con los poros abiertos, los labios prominentes, en actitud de queja, los pómulos hundidos y descoloridos, los párpados hinchados que delataban síntomas de la enfermedad de Basedow... Sin embargo, el gesto pusilánime de su semblante había desaparecido de repente y se tornaba arrogante, lo cual me repugnaba. Y se volvía aún más repugnante cuando se reía y presionaba su cara, al tiempo que encogía el cuello entre los hombros.

Apenas encendí un cigarro para ganar tiempo, el hombre también extrajo uno, como si se tratara de un frágil objeto de cera, para llevárselo justo al punto medio de los labios, y luego desplazó la cadera hacia adelante para recargarse como un calamar. Como si se hubiera liberado de su propio peso, suspiraba y me hablaba esponjando la nariz.

—Qué habitación tan agradable, señor, me encanta...

¡Cómo que agradable! Libros y revistas apilados en desorden, notas esparcidas, virutas de lápices... El florero que sólo servía de cenicero y el escritorio lleno de polvo...

Me importaba un comino que le gustara la habitación, pero decidí ignorar un elogio tan absurdo y seguí fumando con gusto.

—Qué agradable, qué agradable... —repitió el hombre varias veces como cantando y de repente se enderezó—. ¿Usted sabe por qué me parece tan agradable,

señor? Este ambiente oscuro, creado por el efecto de las cortinas cerradas en un día tan soleado... Para los terrícolas sólo será una habitación mugrosa, pero eso nos agrada mucho a los marcianos, ¿sabe? Desde luego, el sol de aquí es demasiado intenso para nosotros. Pero sobre todo, por esta gravitación tan fuerte... Una vez que te acostumbras, la sientes como el aire, pero como vengo de un planeta con sólo 391 dinas, todavía me siento como si estuviera subiendo constantemente en un ascensor de alta velocidad. Quizá es por eso que siempre sueño con un ascensor que se sale por el techo del edificio para lanzarme al fin del universo. ¿Usted se imagina lo solo que me siento en esos momentos? Cualquier marciano se vuelve neurótico al vivir en la Tierra. Es como si se contagiara de la desolación terrestre, o mejor dicho, es algo así como la agorafobia, todo lo contrario de la claustrofobia. Por eso me parece tan agradable este ambiente... Usted conoce muy bien el gusto de los marcianos, señor.

Qué loco tan desagradable. A pesar de esta impresión, admiré su argumento en torno a la gravitación. Agorafobia también era un vocablo ingenioso. Tenía que estar completamente inmerso en la vida marciana para manejar esas expresiones sensoriales sin haber tenido ninguna experiencia directa. Yo nunca llegué a pensar algo semejante luego de haber convivido tanto tiempo con mi marciano imaginario. (De haberlo sabido, hubiera tenido suficiente material para tres o cuatro sesiones del programa). Era un loco, pero un loco de remate... Así me distraje apenas un momento, que el visitante supo aprovechar muy bien.

El hombre observaba todos los rincones del cuarto con la mirada pretenciosa de un experto, pero de repente clavó los ojos en mi cara.

—Es extraño... Todo me ha salido demasiado bien. A ver, señor, ¿usted recibe muchas visitas diarias?

—No, no tantas...

—Claro. Se puede ver por el estado en que se encuentra esta habitación que usted no es un hombre muy sociable. Al contrario, sospecho que es presumido y escéptico, solitario y egoísta al mismo tiempo. Yo soy un simple aficionado sin nada de particular, pero usted, en lugar de echarme sin perder tiempo, me ha dejado entrar como si fuera un amigo íntimo. Casi me asusta la deferencia que ha tenido conmigo.

—¿Y por qué? Un aficionado siempre es bienvenido en nuestro trabajo... Además, dices que tienes un material extraordinario...

—Ya se lo dije. Soy marciano...

—Sí, eso... Realmente extraordinario.

—Pero sólo lo está diciendo para halagarme. Ni siquiera cree lo que dice.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué eres tan terco?

—Es que, mire, señor, usted es un experto en extraterrestres. ¿Cómo es posible que no tenga ninguna duda ante un hombre que se denomina marciano? ¿Qué le sucede? ¿O cree que le estoy tomando el pelo?

—No exageres, no soy ningún experto. No soy más que un guionista curioso, intelectual hasta cierto punto...

—Pero no es ningún loco ni un idiota.

—Tú... —le iba a decir algo en tono iracundo, pero me acordé que se trataba de un loco y que era peligroso excitarlo con provocaciones.

Miré el reloj para cerciorarme de que ya habían pasado cinco minutos. Veinticinco minutos... Sólo habría que aguantar un poco más.

—Desde luego, por lo menos leo los periódicos.

—Entonces debe saber que no hay animales superiores en Marte, ya que no vivimos en la época de Wells. Sin aire y sin agua, no pueden existir seres vivos, como han verificado algunos datos bien fundamentados. O acaso... —bajó la voz y mostró una sonrisa maliciosa, que no se podía interpretar como burla o ironía—, ¿usted no me está reconociendo como un animal superior, señor? ¿Qué tal? Dígamelo con toda franqueza. ¿Cómo me está viendo?

Qué loco tan cansón y fastidioso. Nunca imaginé que fuera tan locuaz. Cuanto más lo consideraba, más se enredaba, como si quisiera contradecirse a cada momento. Pero ignorarlo sería aún más arriesgado. Ya no sabía qué hacer.

—Bueno, tocaste un punto sutil, muy difícil de responder... Me preguntas cómo te veo, pero mis ojos no son cámaras y ahí siempre interviene la subjetividad. O sea, cada quien tiene su punto de vista, y... es decir, la imagen de una persona depende de muchas cosas...

—Por favor... —El hombre ladeó su cuerpo y soltó una carcajada que hizo vibrar en exceso su diafragma—. No hace falta observar demasiado para dar una opinión. ¿Parezco tan poco humano?

—No, todo lo contrario. Pareces completamente humano, si es lo que te interesa saber...

—Soy idéntico al ser humano, ¿verdad?

—Sí, idéntico.

—¿Puedo pasar perfectamente como un ser humano?

—Sí, perfectamente.

De repente se echó hacia atrás y abrió tanto la boca que casi mostró las amígdalas, mientras chocaba las palmas de sus manos con frenesí. Secretamente deseé que hubiera tenido un ataque epiléptico, pero en realidad era sólo una explosión de risa. El hombre se retorcía de la risa, ladrando como un perro agripado, y mientras se secaba las lágrimas con las mangas de la camisa, habló con la respiración entrecortada.

—Oiga, señor, qué cruel... Cómo que idéntico... No, hombre... Por favor, señor, soy un ser humano auténtico. Qué decepción, cómo que idéntico...

—¿Me estabas tomando el pelo?

—Por supuesto. ¿Cómo es que no se ha dado cuenta?

—Qué hombre tan escandaloso eres. Realmente...

El hombre intensificó la risa. Qué forma tan curiosa de tratarme. Me sentí extraño, como si me hubieran salado el corazón. Me contagié de su risa, mientras

sentía un relajamiento repentino. Seguimos riéndonos con mucha alegría durante más de tres minutos, él tan fresco como cuero recién curtido y yo tan flojo como cuero manoseado.



La puerta se abrió sin previo aviso y apareció mi esposa.

—¿No quieren té? —dijo fingiendo naturalidad, pero se notaba en su rostro preocupado que había estado pendiente del desarrollo de la conversación.

Al escuchar la explosión de risa, no había aguantado más y se asomó a la habitación con el pretexto del té. Aunque me disgustó un poco que reaccionara ante mis absurdas carcajadas, me sentí aliviado al ver que había estado atenta a lo que sucedía. Le hice señas con los ojos para que se tranquilizara, pero frunció el ceño, todavía más inquieta, sin poder captar mi intención. Al hombre, tan cargado de adrenalina, no le pasó inadvertida una comunicación tan obvia. Luego de girar su mirada inquisitiva una y otra vez entre nosotros como si fuese un árbitro de tenis, la fijó en la cara de mi esposa como para cobrarle una falta.

—Bueno, un té... sí, un té negro, si es tan amable... Es la bebida más apropiada, porque es muy tramposa... A diferencia del té verde o del café, no se distingue si la calidad es buena o mala, cuando lo sirven con mucho limón y azúcar.

No tenía sentido involucrar a mi esposa en aquella confusa situación. En lugar de seguir con las señas de los ojos, le mostré abiertamente las palmas de las manos como empujándola y levanté un poco la cadera, moviendo la cabeza hacia los lados para que nos dejara solos.

Mi esposa se fue apenada, con la misma celeridad con que había entrado. El hombre volvió la mirada en mi dirección y siguió riéndose con una mueca en los labios, mientras se frotaba las manos con vigor como si estuviera amasando un trozo de arcilla. No supe si se burlaba de mí o si quería hacerme cómplice para reírse de mi esposa, pero era una risa sumamente desagradable. Yo tenía demasiados asuntos pendientes como para estar perdiendo el tiempo con un loco.

Sin embargo, no me quedaba otra salida que controlar de alguna manera mi ira, que estaba a punto de estallar, y esperar hasta que llegara la señora que había llamado por teléfono. El veneno segregado por mis nervios irritados iba y venía con fuerza por todo mi cuerpo. No soportaba más la molesta irritación; chasquéé la lengua sin querer y para remediar la situación fingí una sonrisa.

—Sí, señor, soy un ser humano —me dijo el hombre, haciendo una leve venia para mostrarse cortés—. De verdad, en la calle nadie me ha tomado por extraterrestre...

—Por supuesto que no. ¡Deja de decir tonterías!

De golpe el hombre arqueó los labios para amonestarme con ingenuidad.

—Ve, ahí está. Usted sabía desde el comienzo que yo era un ser humano. Me parecía extraño, pero usted me engañaba. A ver, ¿qué le pasa? Explíqueme. ¿Por qué no me dijo desde el inicio que no podía existir un marciano idéntico al ser humano?

Me quedé perplejo sin saber que responder. El hombre continuó en un tono si se quiere más amenazante.

—A ver, explíqueme. Me interesa saber su respuesta. O acaso, señor, ¿usted cree que podría haber marcianos idénticos al ser humano? No puede ser. No, en absoluto. No sirve de nada tratar de disimular con más mentiras. ¿Verdad que usted no lo cree, señor?

—Bueno, no...

—No se haga el inocente, señor. Sería demasiado indiscreto de su parte tratar de escapar inventando cualquier argumento. Bien, mire, yo contesto en su lugar. La respuesta es tan obvia como decir que dos más dos son cuatro. Usted me consideraba un loco, señor; es inútil discutir con un loco, es mejor distraerlo con cualquier tema inofensivo, a ver si se presenta un momento oportuno para sorprenderlo y golpearlo con el florero.

—Qué va, hombre, deja de inventar...

—¡Otra mentira! En las mismas circunstancias cualquier persona razonable pensaría que se trataba de un loco. ¿De qué se preocupa ahora? Ya... Ya sé... Usted, señor, me tiene miedo... No es una simple precaución ante un loco común... Usted cree que está frente a un demente violento. Seguro que ha recibido algún aviso. Parece que sonaba el teléfono cuando entré. Dígame la verdad, ¿no era una llamada de mi esposa? Deje de mentir, que con esa cara de susto no me puede engañar. ¿Y qué le dijo mi esposa de mí?

—No era ningún aviso en realidad. Fue muy breve, además... Sólo quería saber si tú estabas aquí...

—Qué torpeza... Usted es demasiado ingenuo, señor. Su cara está diciendo todo lo contrario. Seguro que le ha asustado con el argumento de que me dieron de alta hace apenas tres días y que soy un demente peligroso, ¿no es cierto? Sí, lo sé. Ella es capaz. Pero mire, señor... —Se enderezó como para avanzar en mi dirección—. No crea nada de eso. Me avergüenza hablar de mi esposa, pero... es que la chiflada en realidad es ella. En apariencia se ve normal y he procurado que lleve una vida tranquila pero, pobrecita, quizá por herencia... ¿Usted no se dio cuenta, señor? Un tono extraño en su manera de hablar, por ejemplo...

—Bueno, ahora que me acuerdo... Sí, tenía una forma un poco nerviosa de...

Sin dejarme terminar la frase, golpeó una esquina de la mesa, estirando los dedos de la mano derecha.

—¡Otra mentira! Señor, deje de irritarme, se lo suplico. Me siento tan disgustado como si hubiese encontrado un nido de moscas debajo de la cama. Usted tiene razón al creer más a mi esposa que a mí, es obvio. Yo mismo estaría sospechando de una visita tan inusual. Mire, no debe hablar demasiado a la ligera, ahora póngase más serio, por favor.

—Bueno, hablemos en serio entonces.

—Bien, en primer lugar... —dijo doblando el índice de la mano izquierda, que

sostenía delante de la cara—. Usted creyó lo que le contó mi esposa por teléfono y me considera un demente recién salido del manicomio. ¿De acuerdo?

—Puede ser...

—En segundo lugar... —dobló otro dedo—, si yo, a pesar de todo esto, siguiera insistiendo en que soy marciano... Bueno, digo... ¡Pues sí insisto y en voz muy alta! Aunque me traten como a un loco, no dejaré de insistir... Nadie tiene derecho a alterar la verdad. Que yo sea un marciano y que no esté loco es un hecho irrefutable. Sin embargo, usted no lo quiere admitir, señor, y no cree lo que le digo. En cambio, usted sí confía en la esposa traicionera que recela de su propio marido y que habla mal de él con abierto descaro. No, no estoy sospechando nada entre usted y mi esposa, no señor, no soy ningún celoso maniático... Pero es demasiado extraño... Cuanto más lo pienso, menos lo entiendo... La llamada de una desconocida termina convenciéndolo más que las palabras dichas por alguien que usted tiene delante de sus propios ojos...

Sus manos cerradas con tanta fuerza dejaban en blanco los nudillos, que parecían estar sudando copiosamente, casi echando humo. El hombre estaba excitado, como la mecha que chispea en dirección a la dinamita. Yo estaba completamente fuera de control, tratando de pensar en algo diferente para evitar que me quemaran aquellas chispas.

—Oye, pero la realidad es más sorprendente que la ficción, como dicen. En efecto, hay tantos sucesos en el mundo que te dejan aturdido. ¿Te acuerdas de ese ovni que...?

—¿Ovni?

—Bueno, eso lo vas a escuchar en el programa de este fin de semana... A ver, por ejemplo, el hombre de las nieves de los Himalayas...

—¿Pero, de qué quiere hablar?

—Mira, quiero decir... Me pregunto si el continente americano existía antes de ser descubierto... ¿Qué crees tú? Normalmente se cree que Colón descubrió América. Sin embargo, esas tierras existían desde antes del descubrimiento... ¿No te parece demasiado ingenuo creer eso? Fíjate, lo que me interesa saber es, cómo se diría, el método o la filosofía que aclare la relación entre la existencia y el descubrimiento... que a mí me parece un asunto muy complejo e intrincado...

—Usted me prometió hablar en serio, señor.

—Estoy hablando en serio. Uno nunca puede estar seguro de la existencia del hombre de las nieves, ¿no es cierto? Sí, hay una alta probabilidad de que exista. Eso es más probable a que tú y yo seamos Miss Universo el año próximo. Pero igual, la existencia no descubierta no se puede considerar como algo existente, ¿me entiendes?

—O sea que yo soy igual al hombre de las nieves —dijo el hombre—. No esperaba esta clase de humillación. No soporto el menosprecio de nadie... —Mientras, tanteaba sus bolsillos con movimientos precipitados en busca de algo—. A ver, pero qué extraño, ¿en dónde se me quedaría?... ¡Carajo, me irrita tanto que estoy

a punto de tener una hemorragia!

¿Qué buscaría? ¿Acaso un pañuelo para limpiarse la nariz? Ojalá fuera así, pero parecía estar buscando algo más duro y consistente a juzgar por el movimiento de sus manos.

—No apresures ninguna conclusión, que no te estoy subestimando. Creo que no me estás entendiendo bien, hombre. ¿No ves que te estoy dedicando mi tiempo?...

—Es que no se atreve a rechazarme.

—Vas y vuelves al mismo punto como si fueras un péndulo, hombre.

—Usted tiene la culpa, señor, porque nunca ha dejado de creer que soy un loco.

—Espera, a ver. ¿Qué es lo que quieres en concreto? ¿Qué puedo hacer para que estés contento?

—Ya le he dicho. Quiero que muestre interés por el hecho de que soy marciano, al menos tanto como merecería el caso.

—Por supuesto que tengo mucho interés. Ya he convivido casi dos años con mi marciano.

—Pero es un marciano falso...

—Desde luego, sí, es falso, pero para mí tiene una existencia tan cierta como la misma realidad. ¿Cómo no me puedo interesar si mi mejor amigo e interlocutor es un marciano?

—Eso indica que no le interesa un marciano como yo. Un marciano idéntico al ser humano no tiene nada en común con su marciano, señor.

—Otra vez me estás malinterpretando. Los marcianos de mi programa siempre han llegado a la Tierra con la mayor precaución posible. Cualquier ser pensante haría lo mismo al visitar un planeta desconocido. En ese sentido, tu disfraz es lo más lógico que uno puede imaginar. Comparado con los marcianos que he inventado, tú eres el más perfecto, te lo puedo asegurar.

—¿Lo está diciendo en serio?

—Claro que sí. Estoy hablando con tanto entusiasmo que he dejado que se me apague el cigarro, mira.

—Estaría feliz si fuera verdad.

—Sí, eres perfecto. Jamás se me hubiera ocurrido un disfraz tan extraordinario. Nadie se imaginaría que eres marciano, te lo juro. No hay nada que revele tu verdadera identidad.

—Mire, señor, perdone que lo desilusione, pero yo no estoy disfrazado... ¿Sabe?

—¿O sea que eres así de manera natural?

—Sí, lamentablemente circula la misma sangre en mi cuerpo. La misma sangre roja de cualquier ser humano...

—¿Y qué? No te preocupes. Lo ordinario, llevado al extremo, se convierte en lo extraordinario.

—¿O sea que sí puedo conservar una esperanza? —Al aflojar la tensión de sus ojos y de sus labios, el hombre volvió a ser el mismo vendedor pusilánime del

principio como si se hubiera quitado la máscara, y yo ni siquiera podía recordar el rostro espantoso que mostraba hasta hacía apenas unos minutos—. Qué alivio... No habían fallado mis cálculos... Estaba seguro de que usted me comprendería, señor.

Me sentí tan aliviado como él. Por más que argumentara con lógica, un loco era un loco. Al fin y al cabo, yo era un hombre que vivía de la prestidigitación verbal y no me resultaba difícil domar con las palabras a un hombre inocente... Al liberarme de la presión, quise aclarar de una buena vez el asunto pendiente, que consistía en lo que el hombre había estado buscando desde hacía un buen rato.

—Oye, ¿pero qué estás buscando?

—Un cuchillo, que he dejado en algún sitio.

—¿Un cuchillo?

—Sí, lo cargo siempre cuando salgo...

Impulsado por una premonición, hice algo fatal al dirigir sin querer la mirada hacia el escritorio.

Por debajo de las notas amontonadas, se veía con un resplandor llamativo el filo grueso de un cuchillo de alpinista, de buen tamaño, ideal para cumplir la función de pisapapeles, y con suficiente filo para cortar objetos ligeros. Se podía convertir en un arma peligrosa. Era tarde cuando quise desviar la mirada; el hombre se había desplazado ágilmente. Se levantó de la silla de inmediato esquivando la mesa, y atravesó la habitación para coger el cuchillo con una velocidad que me dejó completamente abrumado.

Menos mal que el rostro del hombre, que se volteó con el cuchillo en las manos, no parecía revelar una excitación particular. Mientras probaba el filo con los dedos, conservaba en su semblante la misma sonrisa cohibida. A lo mejor había sido una falsa alarma. Así como hay niños que se muerden las uñas, podría haber locos que se las limpien con un cuchillo.

—Qué cuchillo tan bonito. Parece ser de auténtico cuerno de venado.

—Lo es, efectivamente.

—¿Me lo presta un segundo?

—¿Qué vas a hacer con él?

—Realmente ha sido un placer conocerlo, señor. Jamás se lo podré agradecer lo suficiente... Pero el deseo no tiene freno... Cómo me gustaría que usted me confirmara por medio de un acto lo que me acaba de decir... ¿De acuerdo? Por favor, se lo ruego, ya que hemos simpatizado tanto... —Al decirlo, el hombre tomó el cuchillo por el filo para entregármelo con el mango apuntado hacia mi vientre—. Es muy sencillo. Basta con cortarme sólo una parte...

—¿Qué?

—A mí, desde luego.

—¡No, qué dices!

—Es que soy marciano.

—Da igual, dijiste que tenías la misma sangre.

—Pero no la humana sino la marciana.

—¡Deja esa broma de mal gusto!

—Qué raro... En su programa han asesinado a muchos marcianos. No serán menos de doscientos, que yo sepa, aparte de esa masacre...

—Son relatos ficticios.

—No lo creo. Usted ha de tener en su mente un anhelo secreto de aniquilar a los marcianos. Por eso a cada rato se imagina seres extravagantes y fáciles de masacrar sin remordimientos, como si fuesen ciempiés, lombrices con ramitas, bolas de golf

con verrugas, seres humeantes, arenas que saltan como pulgas, animales líquidos que se mueven por el cielo raso...

—Qué manera tan maliciosa de sospechar. Ya te dije, sólo he buscado seres poco llamativos, en los cuales nadie se fija en la vida cotidiana.

—¿Para qué?

—Para ofrecer por lo menos un cafecito bien cargado a quienes llevan una vida mediocre y aburrida en la falsa y pacífica cotidianidad.

—Un café tan cargado que incite a la gente a matar, ¿querrá decir?

—¿No eres capaz de entender las metáforas? Qué fastidio. Los enemigos no necesariamente son invasores provenientes del mundo exterior. La mayoría de los marcianos aniquilados por mí simbolizaban el mal interior de los propios seres humanos. No hay que ser un sabio para entender todo esto.

—Eso suena bonito, pero espere. Supongamos que yo pareciera una babosa llena de gránulos en lugar de ser idéntico a los terrícolas. ¿Usted no me atacaría a ciegas con este cuchillo, señor?

—Mira, hazme un favor... Baja ese cuchillo inmediatamente...

—Usted es muy tramposo, señor. Primero, yo le pedí un favor. No hay ninguna ley que prohíba matar a un marciano... Así que me puede dar una cuchillada sin preocuparse por las apariencias... —Colocó despreocupado la punta del filo a un costado de su cuerpo y con la otra mano dio un golpe suave al extremo del mango como un acto de provocación—. Venga, un apretón será suficiente.

—¡No seas necio!

—Todavía no me queda claro... ¿Me engañaba con su elocuencia para que me conformara con un falso júbilo?

—Mira, me interesa mucho tener un amigo marciano —le dije parapetándome inconscientemente detrás de la mesa—. Pero el interés no siempre se asocia con la confianza. Hace falta hablar más a fondo para convertir el interés en confianza. No te apures, ¿me entiendes? Tú, en mi lugar, no te...

—Yo no titubearía —me dijo mientras daba una media vuelta rápida al cuchillo para agarrar el mango con una habilidad casi admirable—. No tengo ni la más mínima duda de que usted es un terrícola, señor. Y estoy absolutamente seguro de que no es ilegal en Marte matar a un terrícola.

—No te confíes tanto, que el reverso no necesariamente es el lado correcto. Es que me pides tantas cosas extremas que me desorientas. Nada es blanco y negro, sabes, siempre hay un término medio. La negociación siempre parte de la zona intermedia. Al fin y al cabo, lo que buscas es negociar conmigo. Anda, guarda ese cuchillo, te lo suplico. ¿No ves que estoy sudando a chorros y que me he puesto pálido? Yo soy medio *filofóbico*...

—Sí, ya veo que está muy asustado... —Bajó lentamente el cuchillo—. ¿Usted será en verdad piadoso? Quizá me equivocaba al creer que tenía la manía de matar a los marcianos...

—Por supuesto, ¿cómo has podido cometer un error tan tonto, siendo aficionado del programa? Quizá exagero al decir que no mato ni un bicho, pero siempre he sido más respetuoso con la vida de los animales que la mayoría de la gente, te lo juro.

—Pero sí es capaz de matar un bicho.

—Es que hay bichos dañinos.

—Después de todo sigo sospechando que usted se fija tan sólo en mi apariencia. Ya no digamos de babosa o bicho, ¿pero qué tal si yo tuviera piel verde o morada o si mis orejas fueran unos diez centímetros más puntiagudas? Seguro que me mataría.

—No me ofendas, hombre. ¿Cómo te atreves a decirme semejantes tonterías? Yo soy pacifista en extremo. Si no me crees, pregúntale a mi esposa. En los catorce años que llevamos de casados, sólo le he pegado tres veces, es decir, una vez por 4,7 años. Ya que el promedio japonés es 1,4 por cada dos años, soy un marido ejemplar. En cuanto a los bichos, fuera de moscas y zancudos, no mato ni escarabajos ni polillas ni cucarachas, pero mi esposa...

—Claro —me dijo con la voz ahogada por una risita—. O sea que debí haberle pedido a su esposa que fuera ella quien me diera la cuchillada.

—¡Qué va! De acuerdo, no fue el mejor ejemplo. Como siempre te vas a los extremos, he perdido el control de mis palabras. Hay que plantear, aunque sea difícil de expresarlo, en qué consiste la esencia del ser humano para reflexionar sobre esta cuestión...

—No se preocupe, sólo estaba bromeando. No hace falta tanta lata. —Dejó de reírse al lanzar un suspiro apesadumbrado—. Gracias por haberme dedicado su valioso tiempo... Me he divertido mucho hoy, de verdad... Una conversación seria es un buen ejercicio mental... ¿Pero no le parece un desperdicio terminar una experiencia tan preciosa como si fuera un simple ejercicio? Al menos, habría que sacar una conclusión tentativa para que nos quede algo fructífero.

Al presentir que iba a acabar inesperadamente con este encuentro por su propia voluntad, me sentí tan aliviado como si el cielo se hubiera despejado de un momento a otro. Curiosamente, ahora tenía un tremendo deseo de seguir charlando, pero me frené con una falsa actitud de aplomo para evitar más líos.

—¿Pero qué conclusión?

—Me gustaría que confirmara definitivamente el hecho de que soy marciano.

—O sea que volvemos al punto de partida.

—No precisamente, porque con su confirmación se acaba todo.

—¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? Una confirmación sin fundamento no es sino un dogma. Aunque seas marciano, tú no eres Dios y no puedes imponerle la fe a nadie, ¿sabes? Si eres marciano de verdad, tienes que demostrarlo con una evidencia. Antes de reprocharme con argumentos insignificantes, ¿por qué no lo demuestras con algún método concreto?

—Usted sabe muy bien que eso es imposible. Que un axioma no se puede demostrar, ésa es la primera lección de la geometría. Lo que se puede demostrar es la



relación entre los hechos y no el hecho mismo. ¿Cómo demuestra que un perro es un perro? Es imposible, ¿verdad? Pese a su aparente humanismo, usted se dedica a acosar a los débiles como yo.

—¿Qué quieres que haga entonces?

—Simple y sencillamente que me crea. Conversar para convencerse es un pretexto de quienes no creen en nada. Yo no le permitiré un truco tan viejo. Usted mismo me ha dicho que Colón no hubiera descubierto América si no hubiera creído primero en su existencia.

—No es cierto. Estás invirtiendo la historia... Pero bueno, ya veo... Si te creo, está bien. —Si no lo creyera, la conversación repetiría el mismo itinerario hasta la eternidad como el péndulo de un reloj—. ¿Ves como ya te creo? Sí, eres marciano.

—Gracias —me dijo con la misma solemnidad con que un actor cómico trataría de expresar algo sagrado—. Mis largos esfuerzos por fin dieron fruto y ya estoy en condiciones de negociar equitativamente con los terrícolas. En representación del mundo marciano, le manifiesto mi profundo agradecimiento.

—¿O sea que hay más marcianos?

—Por supuesto. Ninguna raza se forma con un solo ejemplar. Ahora, permítame una indiscreción... Bueno, creo que va a colaborar, ya que me creyó... ¿Puedo hacer la última prueba?

—¿Prueba?

—De que usted de verdad me creyó; es decir, algo concreto que refute la sospecha de que me está tomando por un demente. Pero no se preocupe, que ya no le voy a pedir algo tan malicioso como una cuchillada. Comencemos entonces... No, quédese ahí, señor...

El hombre se colocó con los pies juntos al otro lado de la mesa, a medio camino entre la puerta y la ventana, y adelantó con calma el pie izquierdo, moviendo el hombro derecho hacia atrás. Tiró el cuchillo hacia arriba para cogerlo en el aire por la hoja y lo elevó por encima del hombro con el ademán de lanzarlo en línea recta.

—¡Otra vez el cuchillo!

—Es que estoy acostumbrado a cargarlo... Déjeme explicarle la regla... Primero doy una señal y cuento hasta diez. Al terminar de contar, lanzo el cuchillo, sin decir de antemano hacia dónde voy a apuntar. Puede que sea hacia usted o hacia algún otro objeto, lo que usted se imagine según su juicio. No lo voy a lanzar hasta terminar de contar hasta diez. Mientras tanto, haga lo que quiera, señor, que yo no voy a detenerlo. ¿Qué le parece? Una regla muy sencilla, fácil de entender, ¿verdad?

—No entiendo. ¿Qué se podría sacar de esa acción?

—Por eso todo depende de su juicio. Que si soy marciano de verdad o un demente que se cree marciano... Eso tendrá que ver con mi manera de apuntar también... Aunque sea marciano con apariencia humana, no necesariamente tengo una mente humana... Puede que tenga una mentalidad retorcida, incapaz de comprender la condición humana... Igualmente puede ser que sea más humano que

cualquier terrícola... Aunque me considere como un marciano loco, tampoco se sabe si soy violento o pacífico...

—Así pues, no tengo ningún criterio para juzgar.

—Claro. No llegará a ninguna conclusión mientras siga en el terreno de lo evidente.

—A ver, espera, aclárame un punto. ¿Tú qué crees de los marcianos?

—¿Cómo? Yo mismo soy marciano.

—¡Qué absurdo! —Ya ni me quedaba ningún recato para controlar mi voz excitada—. Necesito por lo menos tres días para deliberar acerca de un problema tan complejo...

—Si no está seguro, puede huir, atacarme o tomar alguna medida para defenderse.

—¿Y qué sucederá después? Dijiste que no me ibas a detener, pero igual eres capaz de agredirme... Deberías darme más información...

—Por eso le dije que todo dependía de su juicio. Sea fiel consigo mismo, como siempre, y no tendrá nada que temer. Venga, vamos... ¿Listo?... Uno... dos... tres...

¿Tardará todavía mucho la señora en venir y llevárselo? Estaba seguro de que ya había pasado media hora, pero al mirar el reloj, ya desesperado, me di cuenta de que extrañamente apenas habían transcurrido veinticinco minutos. Sólo el segundero removía aceleradamente mis pensamientos confusos con la fuerza de una hélice.

—Tres... cuatro... cinco...

Se veía claramente que a cada segundo concentraba más sus energías en los dedos que sostenían el cuchillo. Sin serenidad ya para pensar, no fui capaz de hacer otra cosa que dejarme arrastrar por el poder del instinto.

—Cinco... seis... siete...

«El poder del instinto», dije pretenciosamente, pero en realidad no hice gran cosa... La araña que se hace la muerta ante un agresor también obedece al instinto. Es decir, a veces el instinto manda no hacer nada. A medida que los dedos se le llenaban de tensión, mantenían en posición firme el cuchillo en espera del movimiento definitivo, mientras yo me quedaba petrificado en el sofá como un pez dorado en un congelador.

—Siete... ocho... nueve...

El hombre contaba con premeditada lentitud, más o menos un número cada dos o tres segundos. No nos separaban más de tres metros de distancia, y si cumplía al pie de la letra la promesa de no lanzar el cuchillo hasta terminar de contar hasta diez, un pequeño esfuerzo sería suficiente para emprender un contraataque.

Sin embargo, pensé con malicia que su planteamiento era una garantía de que no iba a lanzar el cuchillo contra mí; podía ser una advertencia implícita de que lo utilizaría con un objetivo distinto.

No, seguramente era un desatino pensar con argumentos lógicos... Esperar la razón de un esquizofrénico no era sino resignarse a la derrota definitiva... De todas maneras no me quedaba otra alternativa que dejarme llevar por la corriente sin tratar de tomar ninguna iniciativa.

Y luego...

—¡Diez!

Inconscientemente bajé la cabeza para esconderme debajo de la mesa. Vi por el rabillo del ojo que, justo en el momento en que terminó de contar, el hombre abrió la mano y el cuchillo salió disparado como una estela blanca, dibujando en el aire una curva arqueada.

A continuación se escuchó un ruido, como si un material flexible hubiese recibido la punta del filo en sus entrañas.

Creí que me había alcanzado y esperé la llegada del agudo dolor. ¿Pero, qué habría pasado? Sólo me dolían la frente y una rodilla, que me había golpeado al esconderme... No sentía el dolor de la cuchillada, tampoco me sentí moribundo...

Claro, el hombre había apuntado hacia una dirección completamente diferente. Al oír su risita discreta, que se me antojó acusadora, y todavía lleno de pavor, levanté la mirada, y descubrí entre las patas de la mesa que el cuchillo estaba bien clavado, casi hasta el mango, en la silla —que el hombre había ocupado hacía algunos minutos—, atravesando el respaldo.

Me levanté un tanto avergonzado y me sacudí con las manos para quitarme el polvo de las rodillas, mientras pensaba, consolándome, que menos mal no había gritado por el susto. (No, recordándolo ahora, me arrepiento de no haber gritado

fuertemente. ¿Para qué sirve un orgullo aparente o una dignidad fingida? Perro que ladra no muerde, dicen, pero un perro cobarde suele salvarse gracias a sus ladridos de miedo. Si acaso usted se colocara en la misma situación, ojalá no repitiera el mismo error al tratar de cuidar su insignificante dignidad. En tiempos de desconfianza, la cobardía puede ser el supremo don y la máxima virtud...).

El hombre arqueó los ojos para mirar sucesivamente con una sonrisa jactanciosa, primero a mí y luego al cuchillo clavado. Después movió los labios hacia adelante y bajó la mirada.

—Fue una reacción muy intensa, ¿sabe? Me sorprendió.

—Naturalmente —le respondí, destrabando la lengua que todavía permanecía rígida—. ¿Y qué? ¿Aprobado o desaprobado?

—No tiene importancia. Era una prueba sin sentido.

—¿Cómo que sin sentido?

—Era una prueba para demostrar algo sin sentido. Es decir, que su lógica no tiene sentido.

—¿Qué quieres decir?

—Usted es muy amable, señor...

—Oye, si has hecho una cosa tan violenta sólo en broma...

—Siga... con confianza...

—¡Tú eres el que debe seguir!

—Oiga, señor, déjeme confirmarlo por última vez. ¿Cree en verdad que soy marciano?

—Qué necio eres. Hice voluntariamente la prueba porque te creí, ¿no ves? Y ahora dices que no tiene sentido... ¡Qué clase de irresponsabilidad!

—No se moleste tanto, que me deja desorientado... —El hombre se encogió de hombros de manera indiferente—. Por favor, señor, prométame que no se va a enojar. No tengo ni la menor intención de perjudicarlo. Es que sólo me excedí un poco en el teatro...

—¿Teatro?

—Hoy en día no es fácil vender algo, ¿sabe? Todo el mundo está acostumbrado a los mensajes comerciales de radio y televisión. El objetivo justifica el medio; lo primero es impresionar al interlocutor. Buena o mala, uno tiene que dejar una impresión extraordinaria. Pero creo que lo he tomado demasiado en serio y que he apelado a una medida muy fuerte... Créame, señor, que usted no va a perder absolutamente nada...

El hombre volvió a la silla para sacar el cuchillo y lo colocó sobre la mesa con el mango hacia su cuerpo. Sacó una tarjeta personal del bolsillo interior del traje y me la extendió con dos dedos.

—Bueno, déjeme presentarme con formalidad. Yo soy...

La tarjeta decía:

Asociación Marciana  
Sección Promotora de Venta de Terrenos  
Ichiro Tanaka

La parte izquierda inferior estaba cuidadosamente cortada, justo donde debería estar indicada la dirección.

—¡Ahora resulta que eres un simple vendedor!

—Sí —dijo sonriendo amistosamente, mientras se secaba el sudor de la nariz con el pañuelo que había sacado del traje—. La Sección Promotora se encarga principalmente de la propaganda, pero dependiendo de la situación, de vez en cuando se dedica también a la venta.

—¡No eres más que un pillo tramposo!

Cada uno de mis músculos empezó a segregarse sudores de rabia. Quise entregarme por entero al flujo para poder gritar a pleno pulmón, pero la voz no me obedecía con prontitud. Circulaba una dosis excesiva de veneno por mi cuerpo, que me dejaba inerte la garganta y la conciencia.

—No me interesa saber qué es la tal Asociación Marciana ni qué me quieres vender, pero de ahora en adelante no haré ningún negocio contigo. Yo no hago tratos con estafadores. Fuera de aquí, sinvergüenza, que ya fue suficiente ofensa contra mí. No tengo tiempo que perder. ¡Esto es el colmo!

—Señor, entiéndame, por favor. —El hombre empezó a hablar de repente en un tono suplicante—. No se moleste tanto, que terminará contagiándome sus nervios. Ya le he dicho varias veces que me altero con demasiada facilidad...

—Deja de decir idioteces, que ya no te creo. Que eres marciano, que eres violento, ya basta con esas estupideces. ¿Quién te crees que eres para hacerme esta clase de bromas?

—No se lo tome a mal, señor... Compréndame... Es cierto que me pasé un poco, pero créame, no he dicho ninguna mentira.

—Siendo marciano, te llamas Ichiro Tanaka, qué broma tan tonta. Si eres marciano de verdad, esta tarjeta es falsa. No inventes ya nada más.

—No estoy inventando nada. Ciertamente soy terrícola con este nombre, pero a la vez soy marciano, porque me registré en la Asociación Marciana como futuro residente de Marte, ¿me entiende? Tal como los antiguos europeos ya son americanos, en el continente americano también puede haber marcianos desde ahora. No hay ninguna contradicción en el hecho de que un marciano se llame Ichiro Tanaka...

—¡Eres un descarado!

—Por lo que más quiera, señor... ¿No ve que me estoy humillando para pedirle disculpas?...

El hombre hablaba con voz extrañamente húmeda y se mordió el labio inferior, mirándome con los hombros encogidos, como si aguantara algún dolor. Movía las puntas de los dedos sobre el borde de la mesa, desplazándolas a cada lado del cuchillo con un gesto teatral... Sus hombros empezaron a palpar, como si se

resistieran a la respiración pausada de aquel sujeto... Sus labios estaban descoloridos... Esos cambios fisiológicos eran una amenaza inminente, y me despojaban totalmente de energía.

Sí, después de la maniobra absurda con el cuchillo, que me obligó a soportar como si fuese una prueba, me viene ahora con esta tarjeta de vendedor, tan ordinaria... El desenlace, tramado con tanto esmero, me había cegado por completo. Me acordé también de que todavía no se había anulado la advertencia de la señora de la llamada. Aunque el hombre se rindió sin insistir más en su mímica marciana, nada me garantizaba que todo esto no hubiera sido producto de su demencia. Mientras pensaba en esto, decidí retomar las medidas de precaución para evitar más riesgos.

—Bueno, ciertamente hay unos puntos lógicos en lo que dices. Es válido reclamar la ciudadanía marciana con tal de que sea posible registrarse en alguna institución oficial.

El rostro del hombre se despejó con tanta luminosidad, como un cristal recién pulido, y de repente comenzó a hablar jovialmente con una entonación melodiosa.

—Qué bueno que me entendió, me alegra... Es que he procurado no mentir... Es inevitable ponerse hiperbólico en nuestra profesión, pero siempre hay que ser honesto, ¿verdad? Estoy seguro de que no me he pasado de...

Al notar que había recuperado la confianza, le pregunté con malicia:

—A ver, creo que a esta tarjeta le falta la parte correspondiente a la dirección. ¿Por qué será?

—Ah, eso no tiene importancia... Sólo que no quería inquietarlo demasiado al revelarle todo de una vez...

—¿Inquietarme? ¿En qué sentido?

—No se preocupe. Ya lo verá.

Otra vez había comenzado a hablar misteriosamente, pero hacerle caso sería caer en su trampa; otro manejo torpe sería suficiente para que mi contrincante me atacara de nuevo con golpes y patadas. Era inútil pelear con un mono en el bosque. Mejor sería aparentar conformidad, cediéndole el paso. Mientras prendía otro cigarrillo, recostado a mis anchas sobre el respaldo del sofá, intenté llevarlo con disimulo hacia la salida del laberinto.

—Oye, ¿no dijiste que me traías buenas noticias? Creo haber oído algo así... ¿O era sólo un pretexto para tu propaganda?

—No sea cruel, señor. Ya le he dicho que soy un gran aficionado a su programa. ¿Cómo le iba a quitar su tiempo sin traerle novedades?

—Bueno, ¿qué hay de nuevo entonces? —Eché una bocanada de humo hacia el cielo raso—. ¿Me ofreces en ganga algún terreno de Marte?

—Si es lo que desea, con mucho gusto... Pero yo lo vine a visitar sin interés comercial. Sólo quería servirle.

—Más me intrigas todavía... A ver, creo que ya es buen momento para revelar el secreto.

—¿Cómo? Estaba convencido de que se lo había dicho al entrar... Yo... Yo mismo.

—¿Tú?...

—¿Lo decepcioné? ¿Carezco de encanto?... Sé que no soy ningún personaje, pero...

Me pareció tan desolado que tuve que intervenir.

—No te aflijas, que me has dado una buena impresión. Sería capaz de escribirte una carta de recomendación ante la Asociación.

El hombre mantuvo un gesto suplicante mientras movía la cabeza en señal de negación.

—Usted no sabe, señor... La importancia que tiene esta visita... No, usted no sabe. Margaritas para los cerdos, como dicen. Yo sí sé apreciarlo, señor. Justo por esa misma razón sé cuánto valgo para usted. Siempre he sido un escucha apasionado de su programa, o quizá más que eso. Vea mi radio con control automático... —Sacó un radio portátil del bolso—. Se enciende automáticamente a la hora de su programa, señor. Así estuviese en el tren o en la calle, jamás me lo he perdido. He aprendido mucho con usted. Me animó tanto para dedicarme al trabajo de la Asociación... Pero más tarde me empezó a inquietar. Es que lo escucho con mucha atención porque soy un gran aficionado. Por lo que veo, su programa ha estado cambiando sutilmente de contenido hacia una dirección específica, que no me parece nada favorable... Déjeme decirle que soy muy sensible a todo... De pronto vi una chispa... Es alarmante... En el peor de los casos, el aterrizaje del cohete marciano coincidirá con su despedida. Dígame, señor, ¿es sólo una falsa alarma?

Fue un golpe inesperado —de un hombre que consideraba loco, para colmo— que acertó en mi punto más débil. Me quedé sin fuerza para discutir.

—Bueno, sí, es que... Sabes, la gente de la emisora sólo busca sobrevivir.

—Con razón —dijo el hombre, encorvado, con una risita que se escuchó en el fondo de su garganta—. Mi instinto no falló... Qué bueno haber venido a verlo... Mire, olvidémonos de ese programa de una buena vez. Un hombre tan genial como usted no debe preocuparse por la gente que no sabe lo que se pierde. Qué humillación, me da asco. Usted no debe permitir semejante profanación. Yo en su lugar no titubearía en buscar otro empleo.

En mi interior admiraba su vocación de psiquiatra, pero no me agradaba la franqueza de su opinión.

—Ya veo. Querías ser mi consejero.

—Oiga, no me trate con tanta rudeza.

—No, de ninguna manera, pero sabes que no conseguiré un nuevo empleo tan fácilmente.

—Usted no se ha dado cuenta de su propio talento. Es fácil, facilísimo. Por ejemplo, a ver, novelista, para comenzar. Ahí no intervienen los roedores de la emisora, y podrá trabajar a gusto.



—Qué ocurrencia. —Solté una carcajada—. Jamás he escrito ni siquiera un cuento.

—Por eso —me dijo triunfante en un tono forzado—. Le he dicho que aquí me tiene... Míreme bien, aquí estoy... Ahora sí se da cuenta de lo valioso que soy...

—Ya te lo dije, sí, tú eres único...

—No estoy planteando ninguna idea abstracta. Aquí tiene material para emprender su primera labor literaria... Míreme bien, a ver... Aquí tiene un conjunto novelístico, una cristalización confusa en forma de marciano, que es modelo, argumento, idea y tema al mismo tiempo. No le costará ningún trabajo. Escriba todo lo que le ha pasado hoy, colocándome como protagonista. Será un cuento innovador al estilo moderno. El final picante dará un toque satírico a la obra...

—Bueno, gracias por tu amabilidad, pero creo que la literatura también depende mucho del mercado. La cosa no marchará con tanta facilidad como tú dices.

—Despreocúpese de eso, señor. Marte sigue siendo una fantasía, pero la Asociación Marciana ya es una institución real. Estamos completamente entrenados en el manejo administrativo. En realidad... —del mismo bolso sacó un fajo de cuartillas y lo sostuvo entre las dos manos como si se tratara de un tesoro—, no me atrevía a abordar el tema por discreción... Pero creo que ya no hay problema, después de que nos hemos puesto de acuerdo... Mire, señor, éste es el borrador. Para redactar una experiencia tal como sucede en la realidad, no hace falta ser ningún genio. Además, nuestra negociación se ha desarrollado hoy, tal cual está escrito aquí sin variar en lo más mínimo. Creo que usted es un hombre dotado de sentido común, señor. Aunque lo escribiera usted por su propia cuenta, resultaría casi la misma obra; es decir, no tiene por qué apenarse al afirmar que éste es un trabajo suyo. ¿Qué le parece? ¿Se da cuenta del grado de afición que tengo por su programa?

—Pero de nada sirve tu generosidad si a nadie le interesa la obra.

—Todo está bajo control. Ya tengo quien me la compre. El jefe de redacción de la revista *SFM* está impresionado por esta obra. Decía que con razón usted realizaba trabajos tan interesantes en la radio. Le van a ofrecer 2500 yenes por cuartilla, que es casi la suma que se paga a un escritor de cierto renombre. 93 cuartillas en total, serán 232.500 yenes. No está mal, ¿verdad? Si mantiene el ritmo de tres obras por mes, prácticamente ya tiene otro empleo. El título de esta obra puede ser *Idéntico al ser humano*, ¿verdad?

Fue un bombardeo inesperado. Demasiado bien planificado. No me lo acababa de creer del todo, pero dadas las circunstancias, esa certeza mínima era suficiente para estremecerme. Pero me pareció humillante aceptar de una vez la oferta y preferí fingir vacilación por el momento.

—Con esa primera obra no sé, pero sí sería bueno que pudiéramos continuar con las siguientes obras...

—Confíe en nosotros. La Asociación Marciana tiene muchos contactos, y le prometo que no lo vamos a defraudar. No, somos demasiado honrados para tratar de

cobrar comisión, pero si insiste en que le da pena, le pediría un favorcito a cambio... Por ejemplo, una pequeña manipulación, como intercalar en alguna parte de la obra el nombre de la Asociación Marciana con su verdadera dirección... Así usted se quedará más tranquilo y la Asociación lo podrá financiar oficialmente como parte de su publicidad. Iremos mano a mano para firmar un contrato en términos modernos, y asunto arreglado.

—Tan arreglado que hasta me inquieta.

—De paso, déjeme proponerle un seudónimo. Saruyoshi Koda, ¿qué le parece, señor?

—¿Saruyoshi Koda? Me suena demasiado jugueteón.

—Claro, no le sonará bien al principio, pero me parece muy adecuado. Justo lo que busqué fue esa asonancia. Cuando alguien lo escuche no lo olvidará. Lo más importante es la primera impresión. Además, me lo dio un calculador electrónico. Tenga, señor, con toda confianza. *Idéntico al ser humano*, su primera obra maestra...

Súbitamente me sentí aliviado y liberado de una gran carga interior. Todo me pareció tan diáfano como el agua que se volvía transparente al separarse del lodo, o mejor dicho, como si se hubiera solucionado solo y de un momento a otro un problema muy enredado.

—Bueno, déjame ver entonces...

Todavía estaba indeciso; acobardado por la esperanza y la pena, extendí la mano hacia el manuscrito. Justo en ese momento, habló el hombre.

—No, señor, no se lo permito. —Cambió de repente el tono de su manera de hablar para mostrarse irónico, y retiró el fajo de papeles con ambas manos—. Los mendigos apurados ganan poco, ¿sabe? Usted se ha vuelto demasiado conformista, señor...

No fue sólo por mi talante humanitario —esa incapacidad mía para matar una mosca— por lo cual no le lancé a la cabeza el florero que estaba sobre el estante, ni por el cuchillo que todavía permanecía junto a su mano, fue sencillamente por una inevitable razón física. Se escuchó en ese mismo instante un golpe en la puerta y entró mi esposa para servirnos el té. Soy incapaz de realizar un acto violento ante sus ojos. Además, yo no había ganado ni siquiera una riña en mi larga vida.

A pesar de todo, mi esposa percibió inmediatamente la tensión que se palpaba en la habitación. Su inquietud indagatoria se notaba en sus manos al repartir las tazas. El hombre, con una indiferencia total, le dedicó una sonrisa aduladora sin cambiar de actitud.

—Gracias, señora... Qué aroma tan agradable... —Se abanicó con las dos manos para aspirar el vapor del té como si se tratara de un experimento químico—. Ahora el señor está pensando en algo serio. En realidad, no creo que tenga necesidad de pensar tanto. Por favor, ayúdeme a convencerlo, señora. Es que le acabo de recomendar que compre un terreno en Marte.

—Tú no tienes nada que ver con esto, mi amor —le dije ignorando al hombre—. Vete ya.

—Mire, permítame que me presente, señora. —El hombre ladeó el cuerpo para seguir hablándole a mi esposa sin la más mínima intención de callarse—. Soy Ichiro Tanaka, trabajo en la sección de «Venta de terrenos» de la Asociación Marciana. Como el señor está muy familiarizado con Marte, me gustaría que formara parte de nuestra comunidad marciana... Fíjese, cerca del Canal Titán hay terrenos en oferta; es una zona con clima ideal, alrededor de 80 grados bajo cero de temperatura... Veraneos en Marte... Una excursión divertida para los niños, ¿no le parece?

Me irrité. Ya era suficiente con lo que me pasaba a mí. ¿Con qué derecho quería involucrar también a mi esposa? Pero ella resultó tan lista que supo manejar la situación.

—¿Qué pasaría con la señora?, ya transcurrió más de media hora —me dijo en un tono casual, sin inmutarse.

Efectivamente, ése es el comportamiento razonable de una conciencia despierta. La frase de mi esposa me sacó inmediatamente de la pesada borrachera en la que me

hallaba inmerso. No debía molestarme. Ese hombre en cuestión no dejaba de ser un globo, repleto de ilusiones y obsesiones, casi a punto de explotar. Lo que debía hacer ahora era tapar bien el globo para que no se le saliera el gas venenoso.

—A ver, ¿van a salir a algún lado?

A cierta distancia, el descaro de ese hombre que quería meterse en todo me parecía insignificante. Mi esposa reconoció la señal que le hice con los ojos para que se retirara tranquila. Iba a salir del cuarto, cuando el hombre se puso serio, observó nuestros movimientos, y comenzó a vociferar mientras expandía los labios arqueados hacia los extremos de la cara.

—Señor y señora, creo que no han llegado a comprender la magnitud del asunto. Nuestra Asociación Marciana es bastante poderosa, ¿saben? Ya hemos comprado una isla del Pacífico Sur para construir una base gigantesca para los cohetes. Varios cerebros internacionales han colaborado, directa o indirectamente, en nuestro proyecto, y hemos asimilado experiencias de muchos países. Pronto van a dar fruto, estoy seguro. Dentro de pocos años tendremos una base espacial para transmisión vía satélite, y en menos de tres años lanzaremos un cohete con hombres a Marte. Hay una expectativa de que se establezca una línea periódica entre la Tierra y Marte dentro de diez años. No somos ninguna inmobiliaria de baja categoría, sépanlo bien.

—Bueno, entonces... —intervino mi esposa en el peor momento—. A cambio, le podemos ofrecer a usted terrenos en Venus, ¿verdad?

El rostro del hombre se contrajo y comenzó a palparle el lado izquierdo.

—Disculpe, señora, ¿sabe usted lo que es la autonomía territorial? ¿Cómo pueden vender terrenos que ni siquiera son suyos? Eso se llama estafa —dijo, mientras se pellizcaba bruscamente la mejilla izquierda.

—¿Y ustedes qué? —Ya no podía evitar, contra mi voluntad, intervenir para apoyar a mi esposa—. La Asociación Marciana tampoco está autorizada por la ONU para gobernar Marte, ¿verdad? Todo esto no deja de ser un juego pueril.

—¿Juego pueril? ¡Qué crítica tan severa!

—Igual que la luna y el Polo Sur, Marte debería estar bajo la administración internacional en el futuro, ¿no crees?

El hombre, indiferente, alzó una mirada feroz y me observó un segundo. Después de tomar un sorbo de té, empezó a hablar en un tono amenazador, limpiándose los labios con suaves toques de su pañuelo doblado.

—Señor, por más romántica que se declare con lemas pomposos, una nación es mil veces más realista que un individuo extremadamente avaro. Sé que usted se ha familiarizado bastante con Marte en su programa, pero Marte no ha dejado de ser una fábula para cualquier nación. En resumidas cuentas, el costo necesario para explotar Marte es demasiado alto en comparación con el tamaño fiscal de un país, y todavía no promete tanta compensación militar o económica. Por el momento, apenas podrían aspirar al aterrizaje suave. Mire, los gobernantes están demasiado ocupados para pensar en algún tratado internacional en torno a un asunto tan inseguro como la

explotación de Marte. ¿Usted está enterado de la discusión sobre las aguas protegidas, establecidas por la ley de aguas internacionales? La planteó primero Estados Unidos para proteger sus recursos pesqueros. Fuera de esos intereses concretos, el mar de este planeta está regido única y exclusivamente por el principio de la libertad de las aguas internacionales. Aunque lancen un misil hacia algún punto de alta mar en el Pacífico, nadie tiene derecho a reclamar.

—Pero eso no quiere decir que puedas vender el Pacífico en fragmentos.

—Claro que sí, a condición de que haya alguien que lo compre. Obviamente, una nación no puede violar leyes internacionales, pero una institución no gubernamental, que no pertenece a ninguna nación, podría extraer toda el agua del océano sin originar ningún problema legal. Si realmente existiera una ley, sería para prohibir la piratería. La Asociación Marciana está apuntando hacia un espacio ubicado a casi cien millones de kilómetros de distancia, ¿me entienden? Además, su directiva abarca desde los políticos y financistas más importantes de todo el mundo hasta los expertos más sobresalientes en muchas áreas. Una asociación multinacional de esta escala alcanzará cualquiera de sus metas... El motivo puede ser económico en la medida en que muchos buscan ganancias por medio de la inversión, pero es estimable su ambición por emprender lo que ningún país se ha atrevido, ¿no les parece? Bueno, a pesar de todo esto, todavía no hemos superado la escasez financiera, y por otro lado no es justo limitar el círculo a unos cuantos miembros privilegiados. Por lo tanto, la Asociación ha tomado la decisión de convocar públicamente inversiones individuales también. Tal como Mefistófeles, buscamos el mal para lograr el bien. De todas maneras, el timón lo tiene la Asociación, que funciona como el gobierno provisional de Marte. Así que están en manos seguras, señor y señora, confíen en mí sin reservas. Sé que son demasiado inteligentes para despreciar nuestro proyecto como si fuera un simple juego pueril...

El hombre esbozó una risa fingida, que levantó los pliegues de su nariz. Mientras observaba nuestra reacción pasó el dorso de la mano por debajo de la barbilla para secarse el sudor. Sus prominentes labios de pez eran repugnantes...

La primera en reaccionar fue mi esposa.

—Ay, se me está quemando el guiso.

Apenas lo dijo, se volteó para salir apurada de la habitación. El guiso era un objeto perfecto para contrarrestar la fanfarronada en torno a la Asociación Marciana. Un contraste genial. Me pareció una medida eficaz para evitar que el gas venenoso escapara del globo. Con admiración aprecié secretamente la inesperada habilidad de mi esposa.

Al verse burlado así, el hombre quedó como atontado y sin hacer ningún gesto, inflando y desinflando sucesivamente las mejillas con el aire contenido en la boca. Ante su consternación, decidí dejar la habitación para seguir a mi esposa, pues creí haberle reconocido una señal de que quería hablar a solas conmigo. El hombre no fue capaz de detenerme.

Efectivamente, mi esposa me esperaba al fondo del pasillo, al lado de una ventana. Tenía la espalda rígida y un gesto nervioso se dibujaba en su cara.

—¿Estás bien, mi amor?

—No, que va. El tipo es un loco de remate. Al comienzo uno lo toma por idiota, pero a medida que se burla de sus disparates, todo va encajando en un marco premeditado, como si fuera un rompecabezas. Por poco me convence de la autenticidad de la Asociación Marciana. Hay que tener cuidado, que a su manera es un hombre ingenioso.

—Un loco es un loco, mi corazón.

—Pero es un loco tan terco que elabora argumentos con sentido lógico, como ese de la autonomía territorial y las aguas protegidas. En otras circunstancias, creería de verdad que se trataba de un vendedor un poco raro, enviado por una asociación existente. Al menos, ha resultado un tipo muy coherente.

—¿Qué te pasa? Hablas como si lo apoyaras. ¿O es que te ha contagiado de su locura?

—Bueno, tiene cierta vocación para convencer.

—Pero lo extraño es que todavía no ha llegado la señora a cumplir con su palabra.

—Es verdad. Es evidente que el hombre se altera con facilidad. Además, es extrañamente hábil en el manejo del cuchillo. No te lo he contado, pero pasé unos minutos terribles. Bueno, yo tampoco carezco de habilidad lingüística...

—¿Sabes? —me dijo como despojándose de una preocupación interior—. Creo que he visto a ese hombre antes.

—¿Cómo?

—Ese perfil que vi al servirle el té... Y esa risa... No me puedo equivocar... Nos hemos cruzado un par de veces en la escalera...

—¿En cuál escalera?

—La de este edificio, por supuesto. Una vez lo vi bajar, cuando yo estaba barriendo el descansillo. Seguro que vive en el tercero o cuarto piso.

—No lo puedo creer. Y la señora llamó desde su casa, estoy seguro. ¿Para qué me llamaría por teléfono si vive tan cerca? Podría haber bajado de una vez a buscarlo. ¿Media hora? Imposible tardar más de tres minutos...

—Por eso me da mala espina.

—¿Lo viste bien?

—Es que tiene una manera tan particular de hablar. Habla moviendo todos los músculos de la cara...

—¿O sea que has conversado con él?

—Me saludó en una ocasión. Se presentó como agente de seguros... Ahora que me acuerdo, me habló de un seguro muy extraño. Justamente por eso lo recuerdo... Me dijo que su empresa iba a formalizar un seguro social para cuando un empleado

tuviera enfermedades mentales. Y me pidió que le permitiera hacerme una pregunta sobre la denominación del seguro; que cuál me parecía mejor entre «seguro de demencia» y «seguro de cordura». Ya no me acuerdo bien, pero una pregunta de ese estilo...

—Ciertamente es extraño... Sí, se asemejan demasiado los dos, si no es que se trata de la misma persona.

—¿No te acuerdas en qué tono hablaba la señora por teléfono? ¿No notaste alguna diferencia en comparación con otras llamadas? Como si se escuchase demasiado cerca o demasiado nítida la voz...

—No, no me di cuenta... Pero mira, a su tarjeta de presentación le faltaba la parte correspondiente a la dirección... sería lógico si de verdad el hombre vive arriba en este mismo edificio, como tú dices.

—Es lo más seguro —dijo animada—. Se valió de un truco para que no descubrieras de inmediato el paradero de la señora.

—¿O sea que su mujer también es cómplice desde el comienzo? No se explicaría de otra manera; sólo me llamó para que el hombre pudiera permanecer más de media hora conmigo.

—Por eso te digo que ya no vale la pena esperar más. Lo mejor será llamar a la policía de una vez.

—Espera. En el caso de que sean aliados, o ambos están locos o ambos están cuerdos. Debemos confiar en su cordura, porque es muy poco probable que los dos estén igual de locos. ¿Qué pasaría si entregásemos gente cuerda a la policía sin razón alguna?...

—Tenemos una buena razón para hacerlo. Merece algún castigo por haber invadido ilegalmente un hogar, ya que se ha metido en una casa ajena sin autorización.

—Bueno, no lo invitamos, pero tampoco lo hemos rechazado...

—Porque te habían dado una falsa advertencia acerca de su posible actitud violenta.

—Sin otros testigos no podríamos desmentirlo en el caso de que el hombre insista en negarlo.

—¿Estás diciendo que debemos soportarlo por más tiempo?

—Si se puede verificar su cordura, le podremos manifestar de manera contundente nuestro deseo de que se retire de inmediato...

—Claro que está cuerdo. Absolutamente. Qué hombre tan listo para hablar de terrenos marcianos y seguros para locos... Se aprovecha de nuestro descuido y así evita que lo traten como a un mercachifle.

—Cálmate, amor, que los mendigos apurados ganan poco. —Me sentí avergonzado ante la cita involuntaria que se me acababa de salir—. Es muy comprensible lo que dices... Bueno, quizá tienes razón, sí es muy posible que... Pero mira, no hay nada definitivo, más que simples coincidencias.



—Pero igual, deberías... —me dijo en un tono casi suplicante, controlando su ira—. Deberías aclararle que su presencia no es bienvenida aquí. Será difícil hablarle francamente, pero se requiere una actitud firme. Si todavía insiste en quedarse, podremos llamar a la policía sin titubear.

—Es que no sabes. Puedes hablar así de confiada porque no lo has tratado en persona. Si vieras por un segundo su habilidad para manejar el cuchillo y su forma tan convincente de hablar.

Justo en ese instante, se escuchó desde el estudio, como respuesta a mis palabras, un ruido pesado, como si alguien hubiese caído en el piso. He dicho «hubiese caído» con un optimismo irracional, porque me daba cuenta de que sonaba con demasiada simplicidad para indicar un desmayo. Lo que inmediatamente se me cruzó por la cabeza fue la imagen de unos cinco libros cayéndose solos desde la altura de un hombre. Salvo el mismo desmayo, cualquier acto realizado por ese hombre, por más trivial que fuera, tenía poder suficiente para asustarnos. El rostro de mi mujer se endureció de repente.

—Bien, hay que detectar una evidencia. Mira, amor, voy a dar una vuelta por arriba, a ver si encuentro algo.

—No creo que haga falta tanto esfuerzo, pero sí será bueno que verifiques si es la misma persona. Con su nombre, Ichiro Tanaka, que ya sabemos, lo podrás identificar al revisar los buzones a la entrada del edificio.

—No creo, porque nadie del lado B, del tercero y cuarto piso, ha colocado su nombre en los buzones. Pero igual, no será difícil, porque sólo quedan esos dos apartamentos.

—¿Pero qué clase de mujer será? Sólo por ser la pareja de ese hombre, ha de ser una descarada...

Ahora se escuchó con intermitencia el ruido de algún objeto —sería la caja archivadora o el reloj de pared— que se arrastraba con rudeza sobre el piso. Resonaba de manera tan enigmática que nos asustó terriblemente.

—No, mejor no, amorcito, es demasiado arriesgado.

—¿Cómo que arriesgado?

—De todas maneras, se trata de unos descarados... Serían capaces de tramar cualquier trampa maliciosa... Por ejemplo... —Iba a continuar sin citar casos concretos, cuando se me vino a la mente una idea tan siniestra que vacilé un segundo—. No, no es posible...

—¿Qué no es posible?

—Es que... La visita del hombre puede formar parte de una coartada... A lo mejor, la llamada no la hizo la misma señora sino algún grabador automático... ¿No ves? Puede suponerse que el hombre, después de asesinar a su esposa, vino aquí para tener una coartada...

—¿Pero una coartada de qué?

—Bueno, si el hombre ha permanecido todo el tiempo en mi estudio desde que

me llamó la señora, que obviamente todavía estaba viva en ese momento...

—No, te pregunto cómo hace uno para que un grabador automático o algún aparato especial marque un número de teléfono.

—Ah, claro, tienes razón —dije un tanto desilusionado—. Hace falta la presencia de una persona para hacer la llamada, ¿cómo no me di cuenta?

—Es que siempre estás inventando cosas sin fundamento. Un defecto grave, amor. A mí me parece que el asunto es mucho más sencillo de lo que te imaginas. Una gastritis que tuvo la señora justo antes de salir, o una descarga eléctrica de la lavadora. Hasta puede ser un simple tropiezo a la salida...

¿Sería un invento mío o la falta de imaginación de mi esposa? Me hubiera gustado discutir más, pero no había tiempo que perder en discordias domésticas. La resonancia de los golpes contra el piso, mezclados con el objeto arrastrado, se convertían en algo así como una marcha de dementes en una manifestación.

—Parece que se impacienta con mi demora.

—Debajo del tocador hay una llave inglesa. Llévatela en el bolsillo.

—Cuidado, no te expongas demasiado.

Asintiendo con la cabeza, mi esposa se ajustó las solapas de su chaqueta y atravesó sigilosamente el pasillo. Después de verla desaparecer tras la puerta de entrada, me dirigí al tocador para recoger la llave inglesa, cuando de repente se esfumó el ruido del estudio, dejando en el ambiente un silencio absoluto. Corrí casi de manera inconsciente hacia el estudio, acosado por el temor de perder la oportunidad única de sorprenderlo in fraganti...

Abrí la puerta, me detuve para observar minuciosamente todos los rincones de la habitación. Sin embargo, mi ansiedad no duró ni un minuto. No había ninguna huella del desorden que yo imaginaba.

Sentado con las rodillas juntas, en el mismo lugar de la silla, el hombre permanecía indiferente con una naturalidad que es imposible lograr de manera repentina.

—¿Cómo resultó la conversación secreta? Su esposa parece una persona muy hábil en todo, señor.

—Deja de hacerte el inocente —le dije ya con el ánimo recuperado—. ¿Qué fue el escándalo que armaste hace poco?

—Ah, esto. —Después de responderme a secas, el hombre agarró los brazos del asiento con las dos manos y empezó a hacer un ejercicio absurdo que consistía en girar la silla, manteniéndose sentado en la misma postura.

Los golpes eran las patadas que el hombre daba en el suelo con los talones. El ruido lo producía el desplazamiento de la base que servía de eje cuando la silla giraba.

—Es un ejercicio físico que yo mismo inventé... Se llama ejercicio marciano... Usted sabe, la gravitación de Marte es mucho menor, así que diariamente... —Haciendo ruidos espantosos el hombre, anclado en la silla, atravesó la habitación hasta llegar al lado de la ventana. Aproveché el momento para ocupar el mismo sitio donde él había permanecido, y me aseguré una vía de escape. De paso, también me quedé más cerca del cuchillo.

—¡Basta ya con tu ejercicio y con Marte! —le dije casi a gritos, y continué reprochándole con vehemencia a fin de causarle algún daño psicológico, aunque en realidad no esperaba obtener respuesta—. Mira, explícame una cosa, pero en serio... Ya sé que tú vives aquí arriba, en este mismo edificio. No te hagas el tonto, que ya te he descubierto. Con razón a tu tarjeta le falta la dirección, es obvio...

Un tanto embotado, el hombre, que ahora se encontraba al lado de su tarjeta, la contempló unos segundos y de repente aflojó sus hombros para agacharse hacia adelante.

—Ah, ya se dio cuenta.

Una confirmación tan sencilla me desorientó un segundo. Y el hombre supo aprovechar ese instante para acometerme de nuevo con malicia.

—Seguro se lo contó su esposa. Qué fastidio...

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? —le respondí, pero esa insinuación de haber tenido algo secreto con mi esposa fue un ataque mortal a uno de mis puntos débiles. Apenas logré controlarme, aferrándome a la voluntad, mientras sentía una especie de

temblor que me subía como urticaria.

Cálmate, me dije para mis adentros, manteniéndome con los hombros erguidos para no tambalear... Se trata de una antigua estrategia para originar una ruptura entre nosotros... No le hagas caso, preocupándote caes en esa trampa tan evidente... Sacaré a la luz toda esta intriga cuando vuelva mi esposa. Así que aguanta un poco más...

—No apresure ninguna conclusión, señor, que su esposa siempre ha sido ajena a la malicia. Sólo que en esa ocasión tal vez se afanó en exceso.

—No trates de insinuar nada. No tienes derecho a hablar así de mi esposa, como bien lo sabes. ¿Y qué le pasa a la tuya? Siendo vecina del mismo edificio, sabe muy bien que nos podemos encontrar en cualquier momento, ¿y cómo se atreve a contarme una mentira tan estúpida? Qué descaro.

—¿Mentira? ¿Mi esposa?... —Levantó los párpados al extremo de empequeñecer la frente, en su cara se dibujaba un profundo gesto de desprecio—. Imposible... ¿Cómo es posible?... Bueno, qué puedo hacer... Por favor, no vuelva a mencionar a mi esposa, su situación me aflige tanto...

—¿Te aflige? Después de que se confabularon para engañarme con un truco tan elaborado, me dices que no te hable de tu esposa. Hombre, tu descaro casi merece un premio.

—¿Pero qué le pasa? ¿No se lo he contado?... ¿que mi esposa está un poco chiflada? Sí, se lo conté. ¿Se acuerda, señor? Sí, está completamente loca.

—Según ella, el loco eres tú.

—Sí... —dijo con un suspiro—. Lamento decirle que ella está convencida de eso... Mire, señor, somos una pareja tan desgraciada que uno duda de la cordura del otro, pero si de verdad pudiéramos ser cómplices o confabularnos en algo —continuó, poniéndose alegre de repente—, qué gusto me daría... Sería maravilloso...

Ya era un desfile de argumentos ilógicos, como un caleidoscopio de mentiras. Aparté de mí el veneno y me quedé como un pez globo muerto; apenas emití algunas palabras entre mis labios fríos y flácidos.

—Entonces, ¿por qué su señora me contó una mentira tan absurda?

—Por favor, ya le he dicho que no quiero hablar de mi esposa. No soporto que injustamente se cuestione la honestidad de una mujer tan inocente como Buda.

—Bueno, si quieres insistir en que no es una mentirosa, está bien, como quieras...

—No es ninguna mentirosa, sépalo bien.

—Pero es un hecho irrefutable que no ha llegado todavía después de haber pasado la media hora prometida.

—¿La media hora prometida? ¿O sea que prometió que iba a llegar en media hora?

—Claro. También me dijo que eras completamente pacífico con ella y que le obedecías en todo. Y me pidió que te aguantara media hora para...

—Eso es verdad. —El hombre soltó una risita nerviosa, y se encogió de hombros

—. Efectivamente, jamás le he desobedecido en mi vida. Porque, pobrecita, cualquiera tiene derecho a exigir comprensión y reconocimiento a los otros. Y eso es lo único que le puedo brindar.

—Yo sólo me refiero al tiempo que ha pasado.

—Sólo es un pequeño retraso.

—¿Retraso dices tú? Bueno, puede ser... Ya lleva quince minutos de demora.

—Tan sólo quince minutos...

—Tan sólo, dices tú, pero es una distancia que no requiere ni siquiera un minuto. Primero, media hora, que ya por sí me parece sospechoso, y luego estos quince minutos más...

—Yo sí creo en ella.

—¿Insistes en que va a cumplir su promesa? ¿Todavía crees que llegará?

—Claro que sí. Algo grave debe de haberle pasado que le ha impedido llegar puntualmente. Alguna razón tendrá, así que no insinúe nada...

—Bueno, como quieras.

—Entonces, vamos juntos a mi casa. Ahora que sabe dónde vivo, ya no hay nada que esconder. Al ver a mi esposa, se le disiparán las dudas. Vamos, señor. No tendrá que vestirse siquiera, pues no saldremos del edificio.

—Espera. Aún no te lo he dicho, pero... Es que mi esposa ha salido para sondear alrededor de tu apartamento. Esperemos a que vuelva, a ver qué me cuenta, igualmente no tenemos prisa. Lo creas o no, llegaremos a un acuerdo después de escuchar a mi esposa.

El hombre me miró detenidamente como si yo fuera un paisaje lejano. No se veía irritado. Mientras hacía sonar sucesivamente los dedos de la mano derecha en la palma de la izquierda, habló con un tono tranquilo e impersonal.

—No me convence, no es una solución tan sabia como usted cree...

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso que no se puede confiar en el informe de mi esposa?

—No es que cuestione su inteligencia ni personalidad, pero...

—Realmente eres un hombre extraño... Defiendes a tu esposa y...

—No estoy diciendo que su esposa sea una mala persona; al contrario, me parece muy sensible y notablemente lista. Es bonita, además. Pero...

—¿Pero qué?

—Me hace pensar varias cosas, ¿sabe? Mucho se ha hablado de la desconfianza en la época moderna, pero yo no estoy de acuerdo con esa idea. Es fácil confiar en alguien, pero es difícilísimo inspirar confianza en los otros. De hecho, he tenido que batallar mucho para que usted me crea, ¿no lo ve?... Todo el mundo quiere juzgar a los otros de manera subjetiva. Ese método tan simple de aplicar criterios ajenos para calificar a la gente está en desuso, es como un libro enmohecido... Por eso le digo, señor, si acaso su esposa llega a dudar de su cordura... Escúcheme, es que estoy sufriendo exactamente por la misma situación... No se enfade, piense bien antes de regañar a...

—Qué hombre tan desagradable. Me dices que no dude cuando no dudo de nada. Es lo mismo que incitarme a dudar.

—Ha tocado un buen punto. La duda conduce a la verdad. El malentendido no sería sólo de usted sino también mío. Su esposa malinterpreta todo, y a mí francamente me molestó que me tomara, sin razón alguna por... ¡bueno! Es que ella está convencida de que soy agente de seguros —sentenció, inflando el pecho.

—¿Lo eres de verdad?

—No, qué va. Mi esposa es la que se lo cree... quizá sea una víctima de eso que se llama neurosis de vendedor. Como no soy capaz de contradecirla frontalmente, tengo que actuar como si lo fuera, para dejar intacto su mundo ilusorio. Pero me desconcierta el peso de mi responsabilidad, cuando alguien, como su esposa, lo toma en serio y me solicita el seguro de demencia con una alta prima...

—¿Seguro de demencia, dijiste?

—¿Ha oído hablar de un seguro de esa índole?

—Es el colmo del descaró, hombre... ¿Cómo se le iba a ocurrir a mi esposa algo tan absurdo sin que se lo hubieras contado tú?

—Es que yo... —balbuceó mostrándose exageradamente arrepentido—. Le hice

una broma a su esposa para mantenerla a distancia. Jamás me imaginé que lo tomaría en serio. Me parece que ella padece de neurosis latente. Mire, señor, perdone que le pregunte algo indiscreto, ¿pero ha hecho algo extravagante que pueda asustar a su esposa? ¿Ha habido casos de neurosis en su familia?

—Sigue hablando lo que te dé la gana. Cuando vuelva mi esposa, todo tu discurso se va a desplomar como un castillo de naipes en un vendaval.

—O sea que su esposa es un huracán —dijo el hombre, con una risita fingida—. Bueno, hay fenómenos mentales, como la soledad o la frustración, que se asemejan al huracán. Cuando su esposa me preguntó por el seguro, me alarmé y le hice una pregunta para disuadirla: ¿encontraba algo tan inquietante en el estado mental de su marido como para pensar en la posibilidad de asegurar su cordura...? Su esposa me respondió que sí, y me dijo: «No soy muy buena hablando, pero siento que hay algo en la personalidad de mi esposo que no es compatible conmigo, es como cuando hay una piedra en una taza de arroz...». Yo no tardé en contestarle: «Bueno, lamento decirle que eso no le conviene. Como sabe, es indispensable verificar el buen estado de salud para asegurar la vida de alguien. Hace falta un perfecto estado mental, es decir, la cordura, para solicitar el seguro de demencia. Usted me acaba de decir, señora, que no está muy segura. Como me enteré de eso por su propia boca, no puedo hacer nada más. Hacerme el tonto sería traicionar a la empresa, lo cual me podría llevar ante un tribunal. Y a usted, señora, en lugar de hacerse con el seguro, la acusarían de estafa. Qué susto. Así que no se apure y verifique bien el estado mental de su marido».

—Oye, eres más honesto de lo que pareces.

—Y su esposa también. Desde que hablamos en esa ocasión, no dejó de observar ni un día su estado mental. Ha utilizado todo cuanto está a su alcance, buscando libros en la biblioteca o consultando a psiquiatras. Parece que hasta tiene amigos con problemas mentales para consultar directamente con ellos. Pero sucede que, mientras más se acerca uno a la montaña, más borrosa se ve su silueta. Me decía su esposa que al estar observándolo se sentía mareada como si se encontrara en medio de nubes borrascosas. Desde luego, la frontera entre la locura y la cordura siempre es ambigua. Bueno, me siento aliviado al verme libre de trámites tan complejos...

—Si fuera verdad, debería mandar a mi esposa a consultar algún psiquiatra.

—Me temo que sí... De acuerdo a mi propia experiencia, varias veces he dudado de su cordura.

—¡Pues a mí no me queda ni una pizca de duda! —le grité inesperadamente mientras golpeaba la mesa y el cuchillo caía con un ruido tremendo—. No tengo dudas, y me queda claro que tú sólo dices mentiras. Realmente eres un genio para disgustar a la gente. Llévate esa maldita tarjeta y vete inmediatamente, si no quieres meterte en un lío. Parece que ya no ha vuelto tu esposa, y no tiene sentido seguir escuchando tus idioteces, que me convencen cada vez menos.

El hombre, ya con la tarjeta en la mano, se veía completamente devastado.

—No me preocupa mucho mi esposa, ¿pero qué le pasaría a su señora? —dijo un tanto apenado.

Ante esta pregunta, me inquieté porque ya habían pasado casi diez minutos desde que mi mujer había salido a investigar. Mientras el hombre me atrapaba en su charla en espiral, había perdido el sentido del tiempo; ni siquiera me había dado cuenta de la transición de «pronto» a «todavía». Una vez puesta en marcha, la mente imaginativa fomenta la proliferación de preocupaciones y conjeturas como si fuera un criadero de bacterias. Sin embargo, permitir esa proliferación equivalía a pintar con colores ilusorios el criadero diseñado por el hombre, otorgándole una existencia real.

Empecé a sacudir las manos y los pies a ciegas como si batallara contra una nube de moscas en un bosquecillo, y me encontré repitiendo como una letanía la misma frase, imitando la manera de hablar del hombre: «Yo creo... Yo creo... Creo... No pensaré en otra cosa...».

El hombre tomó un encendedor y prendió fuego a un papel rectangular... Era la tarjeta de la Asociación Marciana. Cuando la llama alcanzó a consumir hasta la mitad, la tiró en el cenicero. Se expandió el fuego y, en unos instantes, sólo quedaron cenizas.

—Claro, para no dejar huellas...

—Absurdo —me dijo el hombre, y levantó el rostro, que no revelaba ni una sombra de rencor sino más bien un sosiego transparente—. Usted tampoco creyó en esta estupidez, señor.

—A ver, ¿qué pasa? Insistías mucho en convencerme de su autenticidad.

Sin responderme, el hombre me hizo un saludo de cortesía con los ojos, tal como lo haría un actor cómico al terminar su presentación, y cogió el bolso negro, colocado junto al respaldo, para sostenerlo sobre las piernas.

—¿No le interesa conocer mi casa? Le inquieta la ausencia de su esposa, ¿verdad?

—Hablas como si tú no tuvieras esposa.

—Es que confío en ella.

—No competiré contigo acerca de las virtudes de nuestras respectivas parejas.

—Perdón, no tenía esa intención.

Después de hacer una venia teatral, el hombre, en contra de lo que esperaba, acomodó mejor la silla, en lugar de levantarse para la despedida. Sacó de nuevo el fajo de papeles y me miró severamente con una formalidad exagerada.

Era el mismo manuscrito. Ese tal *Idéntico al ser humano* que, después de tantos recovecos, me había puesto al borde de una explosión de ira. Sentí en el paladar un sabor amargo, como de mandarina verde, que me forzó a decirle algo de manera ácida, tal vez.

—No puedes hacer lo mismo con ese manuscrito. Aquí no hay un incinerador portátil, y si se te ocurre quemarlo nos destrozaría la garganta.

—¡Cómo se le ocurre! —dijo en un tono alegre, colocando las manos cerradas



encima del manuscrito—. Le pido disculpas por la indiscreción... Pero apuesto a que le sorprenderá el verdadero contenido de esta obra... *Idéntico al ser humano*... Desde luego, no se trata de ninguna novela. El subtítulo es *La aclaración de la tragedia humana según la teoría topológica*... Ahora, con la Asociación Marciana hecha cenizas, cerremos el preludio para entrar en el meollo del tema.

—¿Cómo? ¿Todavía no hemos llegado al meollo?

—Si le suena demasiado seria la palabra, podemos llamarlo desenlace para aligerar un poco el peso. Es una pequeña porción que apenas alcanza para matar el tiempo efímero de la espera, antes de que lleguen las mujeres. —El hombre empezó a recorrer las páginas con los dedos ensalivados—. Bueno, para quienes confían, la espera siempre es efímera, aun cuando dure cincuenta, cien años...

Qué ironía tan de mal gusto. Pero el hombre, que ya recitaba la página correspondiente, no me dio tiempo para buscar un argumento contrario.

Con una mano colocada en diagonal para sostener la hoja, enderezó la nuca imprimiéndole al cuello un gesto solemne. Luego leyó en tono melodioso:

*Portadores de una misión secreta  
los treinta y dos misioneros  
sin tener con qué probar su fe  
soportan la burla de quienes los conducen  
hacia la tumba fría de la locura.*

Después de repetir los mismos versos dos veces, suspiró nuevamente, de manera teatral.

—El título es *Canción de los misioneros*, obra anónima... Los sabios sabrán interpretar el significado de este poema, señor. Hay una serie de claves dispersas entre los versos para descifrarlos... Son versos codificados que nos comunican secretamente una verdad aterradora... Aquí entre nosotros, se la voy a descifrar, señor. No se sorprenda, los misioneros que aparecen aquí no son sino los mismos marcianos. Desde la lejanía del universo oscuro hacen un largo viaje para llegar con una misión especial...

—¡Basta de los marcianos! —Subí inconscientemente la voz y experimenté una tremenda repugnancia como si hubiera probado un pastel de plástico sin darme cuenta de la trampa—. ¡Qué necedad, después de haber afirmado con tanta certeza que la Asociación Marciana se había hecho cenizas!

—Efectivamente, la Asociación ya se hizo cenizas... Esto no tiene nada que ver con la Asociación. —Continuó agitando las manos aceleradamente frente a su cara. Parecía un maestro tímido que no sabe tratar a un niño travieso—. Estoy hablando de los marcianos auténticos, señor. La radio acaba de transmitir la noticia del aterrizaje de un cohete marciano. Me refiero a los marcianos que viven en ese mismo planeta.

—No vuelvas a repetir esa broma estúpida de que eres marciano, hombre. Déjame decirte que es un invento tan mediocre y desgastado, que ya no le llamaré la atención ni a los niños.

—¿Y qué? No hay nada que hacer ante un hecho real.

—¿Hecho real? Qué risa, tú no eres marciano, sino cien por ciento japonés.

—¿Qué importa? Es lógico pensar como usted, y no me molesta. Desde el punto de vista topológico, tiene toda la razón. Lo sabemos muy bien por nuestras propias experiencias. De hecho, la identidad topológica fue justamente la horrible trampa diabólica que les bloqueó el paso a los misioneros marcianos. No soy tan optimista como para desear que superen inmediatamente esa trampa, ¿sabe? Al contrario, señor,

le pediría que se mantuviera firme para no creer con tanta facilidad en mi afirmación de que soy marciano...

—Sin necesidad de que me lo pidas, no te creo.

—¿De verdad, no me cree?

—Claro que no.

—No obstante su negación, sigo insistiendo: soy marciano, delegado oficial del gobierno federal de Marte para visitar la Tierra... Y ahora, ¿qué dice, señor?

—No hay nada que decir. Llego a la única conclusión evidente y absurda: que eres, anótalo bien, un loco de remate.

—Bueno... Un loco... Muy bien. Ha señalado algo importante.

—¡Deja ya la broma! Ya has dado demasiadas vueltas al mismo asunto. Por más que discutamos, no vamos a llegar a ninguna conclusión.

—No me decepcione, señor. Esa afirmación de que no llegaremos a ninguna conclusión ya me parece un logro importante. La dificultad de hacer creer a alguien, la decepción de no infundir confianza, y el amor topogeométrico para tratar de inspirar confianza a pesar de todo... Sólo al alcanzar ese santuario, será posible atravesar esa puerta de duda que conduce a la verdad y avanzar más, ¿no cree? No he dado ninguna vuelta, se lo aseguro. La mejor prueba consiste en que usted acaba de llamarme loco por primera vez en nuestra conversación.

—Eso no es nada nuevo, ya que tu esposa me lo había advertido por teléfono desde antes...

—No, señor, no trate de ser modesto, me parece inaudito. ¿O usted es el que quiere dar vueltas al asunto? Mire, como no nos queda mucho tiempo, vamos directamente al grano, adelante, señor...

—¿Pero cómo? ¿Qué debo hacer ahora?

—Usted dice que soy un loco y yo insisto en que soy un marciano. Aquí hay dos vectores totalmente opuestos, cuando debería ser uno solo al tratarse de una sola persona, ¿entiende? Ahora, usted debe señalar primero su método topológico para analizar el problema, señor.

Había algo que me inquietaba. Sabía que algo me fallaba. Para ganar tiempo me puse a manipular torpemente el encendedor, mientras continuaba rumiando la extraña sensación de que me estaban estafando, sin saber cómo ni de qué magnitud sería la estafa. Desprovisto de ánimo para seguir discutiendo, le hablé en un tono inesperadamente tímido.

—A ver, ¿qué es eso que llamas topología? Has repetido varias veces la palabra, pero yo no soy experto en esa área.

—Es la misma topogeometría, en resumidas cuentas.

—Entiendo menos. Lamento decirte que apenas sé lo que es la geometría esférica.

—Ah, perdón... Son unos principios muy sencillos... En una palabra, es la matemática de lo *idéntico*... O sea, idéntico de *Idéntico al ser humano*. Los objetos que jamás se relacionan en términos de equivalencia en la matemática ortodoxa: por

decir así, el bate de béisbol y la bola, terminan siendo equivalentes en el mundo topológico en la medida en que ambos son esferas homólogas de Betti a la uno número cero. Quizá le parezca extraño, pero la intuición humana también funciona en semejantes formas. Tomemos otro ejemplo, el de la rosquilla, ese pan tostado y de forma circular, ¿sabe? Por cierto, formalmente se llama torus de Betti a la uno número dos. Ante los ojos humanos, las rosquillas, sean cóncavas o convexas, son rosquillas mientras tengan esa forma circular, pero un computador tiene muchísima dificultad para reconocer la variedad formal de las rosquillas. Y los perros no distinguirían panes y rosquillas, que son productos del mismo material, hechos con el mismo procesamiento, a pesar de que no son nada homólogos para nosotros. ¿Ve lo humana que es la topología? En otras palabras, el concepto de lo *idéntico*, que antes era ambiguo e indefinido, resulta exacto en su estructura, al grado de que es imposible captarlo en el marco de la matemática pretopológica. Ya no podemos despreciar lo *idéntico*, ¿me entiende? Debido a lo *idéntico*, me veo forzado a vivir a ras de la muerte, ¿se da cuenta?

—Espera, a ver, ¿qué habrá sido de las mujeres?...

—Escúcheme, por favor... ¿Cómo es el espacio donde se unen los dos vectores opuestos de loco y marciano? En primer lugar, se puede plantear la siguiente topología: el loco terrícola que se cree marciano...

—¿Nada más?...

—O el marciano que pasa como un loco terrícola que se cree marciano...

—¡Qué idiotez! No hay ninguna necesidad de acudir a la tal topología para llegar a una conclusión tan simple.

—Por eso se lo he dicho, que se asemeja mucho a la intuición humana.

—Entonces me quedaría sólo con la intuición.

—Pero la intuición sola no alcanza a cubrir esta cadena de homólogos, que continúa infinitamente... Un marciano que pasa como un terrícola loco que se cree marciano que pasa como un terrícola loco que se cree marciano que pasa como un terrícola loco que se cree marciano...

—Ya, ya, ya. ¿Y dices que puedes despachar bien esa letanía con tu método topológico?

—Ahí está lo curioso de la topología. Una vez elaborado el modelo arquetípico, se puede transponer cualquier estructura compleja cuantas veces sea necesario. En este caso, por ejemplo, el primer modelo es *un terrícola loco que se cree marciano*. Vamos a ver, hagamos una prueba. Comencemos por decir que ese terrícola loco (que para usted seré yo mismo) debe haber sido un fracasado en su vida profesional. Seguramente ahí se origina su tendencia a escaparse de la realidad. Sin embargo, al ver que no le fue bien en su condición de humano, llegó a soñar con una metamorfosis; podría transformarse en un perro, un pájaro o una piedra. Pero obviamente, la transformación física le resultó todavía más difícil. Después de varios tanteos, se le ocurrió finalmente el método de la metamorfosis sin transformación, es

decir, la transposición homóloga. Un ser no humano, pero idéntico al ser humano... por ejemplo —susurró— un marciano... ¡Claro, un marciano idéntico al ser humano! ... Así el loco terrícola consumó el proceso de la transformación topológica.

—Bueno, quizá sea así. No me queda nada por decir...

—Entonces, tentativamente me gustaría denominar este modelo *síndrome marciano*. ¿De acuerdo?

—Por mí no hay problema.

—¿De verdad?... Debería pensarlo bien...

Esta forma de cuestionar mi afirmación no dejaba de ser inquietante. Otra vez me encontraba en el campo enemigo sin darme cuenta. A pesar de que había decidido tomar distancia para que no me envolvieran sus sofismas, el hombre me convertía de nuevo en un actor de su teatro. Su elocuencia era como la de aquellos magos que atraen a la gente a la plaza de una estación provinciana, anunciando en voz alta que con un soplo mágico van a hacer volar una enorme roca imposible de cargar con los brazos. En realidad, nadie cree su cuento, pero muchos se quedan justamente porque no lo creen. No creen, no pueden creer y no quieren creer, pero lo rechazan con tanta fuerza que desean ver el desastroso final; se adelantan con paso dubitativo, y ya se ven atrapados en esa engañosa presentación. Tal vez yo también había sido demasiado cauteloso para actuar con naturalidad y no cometer errores que me comprometieran. El exceso de precauciones y dudas puede terminar siendo perjudicial.

—No veo nada malo... No deja de ser un caso corriente que se puede presenciar en la vida diaria...

—Pero, señor, le acabo de recitar la *Canción de los misioneros*... —Quitó el fajo de cuartillas de la mesa y se lo colocó encima de las rodillas. Mientras, tocaba el borde de la primera hoja con la punta del dedo; lo hacía con la serenidad del guerrero que va a dar el golpe de gracia a un contrincante ya sin resistencia. Y continuó—: En el caso de que usted acepte de verdad el modelo del terrícola loco, automáticamente tendrá que confirmar sin reserva la autenticidad de la *Canción de los misioneros*.

—No llegues a conclusiones apresuradas...

—No me estoy apresurando. Una rosquilla es una rosquilla, aunque sea vista al revés. La *Canción de los misioneros* y el *síndrome marciano* son estructuralmente homólogos por completo desde el punto de vista topológico.

—Pero si ya ni me acuerdo de que iba la canción...

—Se lo explicaré en detalle. Como son versos codificados, hace falta saber claves decodificadoras.

—Que a mí no me servirán de nada. Igualmente, no me dejaré convencer, te lo advierto. Tú mismo acabas de decir que no quieres que me confíe.

—No me importa que no confíe en mí. No me gustaría que usted convirtiera mi espinoso camino en un monólogo falaz, fingiendo que me cree. Relájese, y tómelo de una manera simple, como la prestidigitación de un hombre con el *síndrome*

*marciano*... Así podré actuar más a gusto... La curiosidad es un privilegio del ser humano, dicen. Por cierto —dijo de repente, señalando una lata colocada al lado de la radio—, ¿ahí habrá galletas o cacahuates?

—No, ahí tengo guardada mi colección de estampillas viejas. ¿Se te antoja algo para comer?

—No se moleste... Pronto llegarán las señoras, si es que no han salido de viaje a Marte. Esperemos con calma, porque seguro que han simpatizado. Todavía tenemos mucho de qué hablar, ¿verdad?...

—Sí, yo encontré por primera vez esta *Canción de los misioneros* en un lugar insólito, en el interior de una habitación extraña, cuando estaba limpiando las paredes.

Hablaba con rapidez, sin dejar espacio siquiera para las pausas, con gestos desconocidos que evidenciaba el inicio de una obsesión diferente... Sus manos seguían juntas, posadas sobre las piernas, sosteniendo el fajo de papeles. La nuca se veía indefensa frente al respaldo de la silla y daba la impresión de que sonreía al mismo tiempo que las manos... Se me ocurrió que mi enemigo ya se había refugiado en un terreno seguro... O más bien, todo formaba parte de una estrategia compleja para atraparme en su red... Es por eso que... Ya era demasiado tarde para cambiar de dirección mediante mis palabras... Lo único que puedo hacer ahora es dejar redactado el contenido de su discurso con la mayor fidelidad posible.

—Digo que un sitio extraño... —continuó el hombre—, porque se trataba de un manicomio. Dejo a su imaginación los detalles que me obligaron a estar ahí limpiando las paredes... No me disgustaba de ninguna manera el trabajo, y no me parecía extraño que los dementes hicieran garabatos en las paredes, pues eran puras letras menudas, difícilísimas de descifrar.

»Sin embargo, me detuve frente a la primera frase de este segundo verso: “Los treinta y dos”... Al fijarme en el número treinta y dos, me quedé estupefacto, casi a punto de desmayarme. Me convencí después de realizar dos lecturas esforzadas: no era sino el diagnóstico del *síndrome terrestre*.

*Portadores de una misión secreta  
los treinta y dos misioneros  
sin tener con qué probar su fe  
soportan la burla de quienes los conducen  
hacia la tumba fría de la locura.*

»Ya no hay lugar a dudas. Ahí estaba la prueba. Por fin descubrí la esencia del *síndrome terrestre* que nos había atormentado tanto. Es decir, esta *Canción de los misioneros* era un mensaje enviado por un misionero marciano que fue internado con la sospecha del *síndrome marciano*. Qué emoción. El *síndrome marciano* completamente homólogo al *síndrome terrestre*... A mí se me ocurre llamarlos *neurosis topológica*. ¿Qué le parece? De paso le informo que el autor de *Canción de los misioneros* terminó enfermándose del auténtico *síndrome terrestre*... o sea que, desde el punto de vista del médico terrícola, se curó satisfactoriamente del *síndrome marciano*... Y cuando le dieron de alta, obviamente desapareció sin dejar pistas.

»Con respecto al número treinta y dos, que fue la clave para descifrar el mensaje... Me impresionó mucho el número porque yo soy nada menos que el

siguiente misionero, el número treinta y tres. El treinta y dos fue un amigo de copas de mi época escolar, y me angustió preguntarme en dónde se habría metido o en qué estado se encontraría, pero no todo fue en vano. Gracias a su mensaje, pude retomar la misión y continuar nuestro proyecto.

»Sí, pensé, es indispensable que su mensaje sea registrado para siempre en la historia, junto con el descubridor de la *neurosis topológica*, o sea, yo mismo. Es justamente por eso que aproveché el reverso de la portada del informe para reproducir el poema. El honor debe ser compartido, ¿no cree?

»Claro, *Idéntico al ser humano* es en realidad un informe que se entregará al gobierno marciano. La primera parte corresponde a la memoria y al análisis, la segunda a las soluciones tentativas con opiniones generales... Mire, le voy a leer algunas partes.

El día 3 de la sexta temporada, a los dos tercios del año x marciano

*Al regresar de la reunión, encontré a mi esposa embelesada, con su cabeza metida en Sub Kine (Nota: proyector de sueños diurnos). «Oye, ha pasado algo muy grave mientras tú estás perdida en el sueño», le dije.*

*Como no me respondía, apagué el aparato sin pedirle permiso y la saqué de la caja Kine a la fuerza. Me dijo, molesta: «Qué barbaridad».*

*Al reconocer mi vestimenta, continuaba estando asombrada: «¿Qué te pasa, usas un traje de diario al estilo terrestre? Seguro inventaste una reunión para escaparte al baile de disfraces».*

*Le reproché diciendo: «Qué manera de malinterpretarme. Para mi sorpresa, en la reunión de hoy me nombraron delegado para visitar la Tierra». «Ah», se sorprendió. «Y hay más sorpresas. Tú te vienes conmigo», dije.*

*«Pero, pero... —tartamudeó mi esposa—. Me han dicho que la exploración de la Tierra es sumamente peligrosa».*

*«No sabría contestarte. Ciertamente, de los treinta y dos misioneros precedentes, no ha vuelto ninguno. Pero los terrícolas, que son idénticos a nosotros, no pueden ser tan crueles como creen algunos».*

*«¿No habrá alguna enfermedad terrible?».*

*«Hay quienes lo afirman. La autoridad también lo considera muy probable. Al no saber nada de la enfermedad, tentativamente la llaman síndrome terrestre. Ahora, nuestra misión consiste en negociar la posibilidad de construir pacíficamente una estación de carga para facilitar comercios interplanetarios. Ante el inminente lanzamiento del cohete marciano de parte de los terrícolas, parece que el asunto es urgente. Otro trabajo que debemos realizar es averiguar el paradero de los treinta y dos misioneros desaparecidos y la verdadera circunstancia en que se quedaron anclados en la Tierra, a causa del supuesto síndrome terrestre».*



*«No, yo no voy a ir. No me gusta meterme en asuntos peligrosos».*

*«Es que hay científicos que sospechan que el síndrome terrestre no es sino la mujer de la Tierra. Es casi idéntica a la mujer marciana, pero la diferencia aunque sea mínima puede tener mucha importancia. Fíjate que hasta ahora todos los misioneros han partido sin compañía femenina».*

*«¡No seas sinvergüenza!».*

*«Al considerar todos estos antecedentes, han decidido mandar de ahora en adelante sólo parejas. Yo soy el misionero número treinta y tres, y tú la treinta y cuatro. Mira, éste es el vestido terrestre para las mujeres. Pruébatelo, a ver cómo te queda».*

El día 1 de la séptima temporada, a los dos tercios del año x

*Ha llegado el día de la partida, después de casi una temporada entera siguiendo la educación hipnótica del idioma japonés. Nos sentamos mi esposa y yo en el Sistema Especial de Transposición Forzada (Nota: sistema especial para enviar seres vivientes al espacio sin necesidad de estación).*

*Ajusté los discos según la indicación del centro de control, hasta que aparecieron en la pantalla los datos sobre mi destino. La voz del control siguió: «La Tierra... Tokio, la capital de Japón... Media noche... La cancha de una escuela primaria, completamente desierta... Una zona segura casi sin obstáculos... Para evitar el choque con algún perro, el punto de llegada estará a ochenta y tres centímetros sobre la superficie... En necesario tener mucho cuidado al llegar para mantener el equilibrio... Faltan tres minutos, ¿están listos?».*

*No había nada que alistar. Un par de fotos para la presentación de Marte y algunas pertenencias. Y yenes japoneses. Parece que en la Tierra todo se soluciona con dinero.*

*Se encendió una lámpara roja que anunciaba la acción del sistema antigравitacional. (Nota: antes del invento del sistema antigравitacional, la transposición material sólo se realizaba con minerales resistentes a la deformación originada por la gravitación. La transposición forzada causaba una deformación que, en el caso de cuerpos vivientes, podría acarrear daños físicos, como hemorragias internas o explosión de vísceras. La sucesión repentina del vacío a la gravitación normal se asemejaba al estado en que uno se encuentra cuando recibe un golpe del cohete desde abajo, después de lanzarse al aire. En virtud del invento del cojín antigравitacional, es posible en la actualidad enviar hasta un tofu suave a Plutón).*

*La cuenta regresiva desde la gravitación cero. Al oírle decir a mi esposa que se sentía mal, le di cinco miligramos de inductor benzodiaspirina.*

*Faltaban diez segundos... El planeo en las fases temporales. (Nota: la*

transposición material se fundamenta en el principio de la temporalidad interrumpida. El tiempo, en lugar de ser una sucesión continua, consiste en ondas de energía que alternan con movimientos monocordes entre temporalidad y atemporalidad. En la estabilidad, las ondas existenciales se mantienen en estado regular entre la existencia positiva, que corresponde a la temporalidad, y la existencia negativa, que corresponde a la atemporalidad. Por lo tanto, el observador perteneciente a la existencia positiva percibe sólo el tiempo como sucesión en estado normal. Sin embargo, las ondas temporales son un poco más inestables en comparación con las ondas existenciales. Mientras que éstas no se interfieren mutuamente antes de llegar a la velocidad de luz, aquéllas, multidimensionales en esencia, se confunden fácilmente para alterar la frecuencia, originando desfases en el vínculo con las ondas existenciales. La formación y deformación de partículas elementales consiste en la desviación existencial de los elementos que entran o salen de los desfases. Ahora, el primer paso para realizar la transposición material es la producción artificial de los desfases. Por ejemplo, alrededor del ciclotrón, donde coexisten en cercanía más de un objeto con grandes diferencias de velocidad, siempre se observan interferencias entre las ondas temporales. Y luego, según los cálculos preliminares se detecta el punto donde no hay desfases. Como los dos puntos se comunican por medio de un túnel temporal, un objeto que cae en el hueco de desfases lo atraviesa para llegar instantáneamente al destino. Bueno, no es exacta la palabra «instantáneamente», puesto que las ondas temporales no implican flujo temporal; será mejor utilizar el término «transposición simultánea», que es más rápida que la misma luz).

Planear a través de las fases temporales con cada vez mayor velocidad... «Me siento mal», me dijo mi esposa, y yo también estaba mal. Como no nos gusta viajar, no hemos tenido experiencias de transposición sino de una estación a otra, y un planeo de las fases, propio de la transposición forzada, era algo tan desagradable como fregarse el pecho con una tabla de lavado. Así como la filmación con una cámara descompuesta, yo me veía a mí mismo despedazado en manchas blanco y negro.

De repente desapareció todo en la oscuridad temporal: el parpadeo de las lámparas rojo, azul y verde, la voz que seguía la cuenta... Aterrizamos en la cancha de la escuela primaria, tomados de los brazos. Sentí la gravitación más de lo que me había imaginado. Era como un ascensor en proceso de elevación acelerada. Sin perder tiempo tomé un activador de músculos.

En contra de lo esperado, no había viento. Se hizo evidente el error de algunos científicos que insistían en la denominación del «Planeta Borrascoso». (Nota: en las fotos, la Tierra casi siempre se ve cubierta por inmensas nubes enmarañadas. Por ello se deducía que el planeta se encontraba en una permanente borrasca). La noche terrestre era muy tranquila.

*«¡Qué olor tan espantoso!», dijo mi esposa, tapándose la nariz con los dedos. Supuse que era el mismo aroma terrestre del cual me habían hablado, pero no niego que era casi insoportable. Lo tomé como una indicación de la mezcla entre los excrementos de las lombrices y otros animales menores y una enorme cantidad de segregaciones de bacterias terrenales. Deberíamos lavarnos bien las manos y hacer gárgaras después de andar afuera.*

—Espera —lo interrumpí saboreando un oscuro placer, como si estuviera prolongando el momento de la victoria en una partida ya ganada al descubrir las tácticas del contrincante—. Perdona la interrupción... pero ese diario tuyo me parece carente de veracidad... Bueno, dijiste que no querías infundir confianza, pero hay una... una contradicción, mejor dicho. Tus notas revelan una contradicción grave que no se justificará de ninguna manera. Mira, por lo que veo, está todo escrito en japonés corriente. ¿Para qué? Si lo tienes que entregar al gobierno marciano, ¿por qué no lo escribes en marciano? ¿O acaso no tienen idiomas en Marte?

Con los labios fruncidos, el hombre hizo el ademán de proteger el manuscrito que tenía sobre las piernas, pero recobró el ánimo para hablar a la ligera con el índice derecho levantado delante de la cara.

—Achtbich, kuch, ratta, kuchbili, bili, abirach, bichkuch, bilidacknorech, kuch...

Es imposible redactarlo con exactitud, pero el hombre emitió estos sonidos como si fueran susurros de gato, y sin fijarse en mi rostro atontado, continuó:

—¿Verdad que le intriga? Dije que lo había escrito justamente porque se trataba de un informe secreto. Mientras esté en japonés, cualquiera lo podría tomar como las divagaciones de un loco con *síndrome marciano*, sin interesarse en el contenido. Pero si estuviera en marciano, todos sospecharían. Como el lenguaje es homólogo al fin y al cabo, no será difícil descifrarlo con un computador. Taparse la cabeza para sacar el culo, como dicen vulgarmente.

—En ese caso —dije irritado al sentirme de nuevo burlado— deberías más bien contentarte, porque conseguirías que se aceptase la existencia de los marcianos entre los terrícolas, ¿no crees?

De pronto el hombre hizo un gesto de desesperación. De tan angustiado que estaba, su cara de repente se veía apocada.

—No somos una raza bélica. No deseamos perjudicar a otras razas en lo más mínimo, menos a los terrícolas que son idénticos a nosotros...

—¿En qué sentido lo dices?

—No puedo hablar de los secretos del Estado, pero, por ejemplo, ¿qué tal si algún grupo clandestino de fanáticos ha mandado a Tokio muchos miembros hipnotizados, sin rasgos particulares, para iniciar alguna acción simultánea según una señal previamente acordada?

—¿Acaso los marcianos tienen planeada semejante barbaridad?

—Claro que no. Además, puede ser que la acción consista tan sólo en un estornudo o un bostezo entre todos.

—Qué estupidez.

—Es que no importa el contenido de la acción. Al darse cuenta de que existen

seres desconocidos, imposibles de distinguir, la gente empieza a desconfiar de todo, a cuestionarse, a delatarse, a calumniarse mutuamente, hasta convertir la sociedad en un nido de agentes secretos. Así, con un solo estornudo, se derrumbará una nación entera, como si fuera una fortaleza devastada por la carcoma. Nosotros, los marcianos, también podríamos originar una intoxicación fatal entre los terrícolas, sólo porque somos idénticos a los seres humanos.

—Entonces, ¿por qué me has hecho escuchar todo este discurso? Si fueses consciente de todo eso, te hubieras retirado cuanto antes en lugar de estar quejándote sin parar.

—Es que no puedo. Tengo la misión de firmar un tratado de comercio. No puedo volver sin haber dado siquiera un paso.

—No te entiendo. Acabas de decir que los contactos con los marcianos pueden ser perjudiciales para nosotros...

—Por eso nos quedan sólo dos alternativas: una consiste en que Japón se integre en la Federación Marciana. En este caso, los japoneses dejarían de ser idénticos a los marcianos para convertirse en los mismos marcianos.

—Imposible. Eso sería una invasión.

—Esperaba esa misma respuesta —me dijo confiado con los ojos entrecerrados y continuó después de carraspear suavemente—: Otra solución consiste en que nombremos un representante terrícola para que nos podamos mantener ocultos durante el proceso de negociación. Desde luego, vamos a guardar el secreto de que los marcianos somos idénticos a los seres humanos. Un retrato imaginario de seres no demasiado grotescos sino un tanto amistosos y simpáticos será más que suficiente, ¿verdad? Cada cual con lo suyo, todos duermen tranquilos. ¿No le parece buena idea? Yendo al grano, le propongo, señor, que usted sea el representante del gobierno marciano...

—Qué va. No creo ser la persona indicada. Te equivocaste en la elección.

—Se dará cuenta cuando todo esté en marcha, pues el comercio con los marcianos va a ser muy fructífero. La remuneración será mucho mayor de lo que recibe en la emisora o en alguna editorial.

—Te reitero que te equivocaste. Mejor ve a alguna institución oficial, como el Ministerio de Relaciones Exteriores o de Comercio e Industria...

—Por supuesto que ya fui, cuando todavía tenía la ingenua esperanza de que esta apariencia *idéntica* sería un salvoconducto para entablar amistad y mutua comprensión. Pero en todos los lugares a donde fui, sólo recibí golpes y patadas de los porteros. Y mire que por el hecho de maltratar a una delegación extranjera merecerían la ruptura de relaciones diplomáticas...

—No confíes en mí. Yo no te maltrato, pero igualmente no creo nada de lo que dices.

—Quién sabe...

—Deja esa manera tan desagradable de insinuar. No te confíes por el simple

hecho de que haya sido cortés contigo. En realidad, no sabes cómo me las he arreglado para no llevarte la contraria...

—Ahí está... El hecho mismo de que se esfuerce por no creerme ya es un punto a mi favor. Un contador o un matemático se pueden emplear fácilmente con dinero, pero cuando se trata del representante de un planeta, debemos buscar una persona dotada de capacidad topológica para analizar la situación. Es natural que los terrícolas insistan en lo *idéntico*, pero lo importante es la manera de insistir. Bueno, ya falta poco. Según mi intuición, he logrado hacer un agujerito de hormiga en su dique, señor. ¿Puedo continuar con mi diario?

—Espera un segundo. Ya que hablas así, déjame señalarte algunas cosas.

Pese a mi aparente firmeza, guardaba inconscientemente en mi interior el secreto deseo de evitar el tema. Desde el punto de vista profesional, envidiaba su capacidad de inventar argumentos tan extravagantes en torno a las ondas temporales y existenciales. No había ni la menor duda de que eran meros disparates. A pesar de su manera tan particular para hacer provocativas insinuaciones, yo estaba absolutamente seguro de que no había ni un agujerito de hormiga en mi mente; el hombre habría de ser un estafador loco o un loco estafador. Sin embargo, me daba cuenta de que cuanto más seguro me sentía en este punto, más reconocía inevitablemente su extraordinaria habilidad para mentir. Realmente era muy raro enfrentarse a esas mentiras tan elaboradas y convincentes. En este sentido, al señalar la falsedad de sus mentiras, causaría un daño fatal al enfermo del *síndrome marciano*, pero a la vez terminaría humillando mi propio orgullo.

—Dígame, señor, estoy a sus órdenes.

—Me refiero a las notas que pusiste en tu diario. Términos como Sistema de Transposición, entre muchos otros, serán completamente usuales para la gente del gobierno marciano, ¿no? Me parece extraño que utilices esas notas detalladas como si fuera un informe para los terrícolas. ¿No sería como dar una lección de física a los profesores de física? Ahí te falló la lógica, ¿ves? Aunque tengas el *síndrome marciano*, no llegaste a superar tu personalidad terrestre. Bueno, es impresionante tu manejo de conocimientos científicos, pero lo siento mucho. Es una tarea muy ardua eso de tratar de engañar a la gente.

El hombre no se conmovió ni lo más mínimo, y con frialdad me explicó.

—Es que lo escribí para que lo leyera usted. Al asumir el cargo como nuestro representante, usted será medio marciano, aunque sigue siendo terrícola. Dependiendo de las decisiones del gobierno, podría ser nuestro jefe...

Ese tipo era capaz de montar con éxito un negocio de asesor en evasivas. Estaba tan exhausto, que tenía las rodillas flojas, y me sentía como un viajero que ha andado a la deriva frente a un espejismo.

—A ver, oye... ¿De dónde sacaste términos como el de principio de la temporalidad interrumpida? ¿En qué libro lo leíste?

—Si mal no recuerdo, fue en un texto didáctico de la preparatoria de Marte...

En alguna parte de mis nervios hubo un cortocircuito que produjo un olor a chamuscado. La manecilla del voltímetro para medir la presión emocional se me saltó en ese instante.

—¡Pero qué texto tan disparatado! Demasiado pueril y absurdo, muy mal elaborado y sin gracia alguna. Si es verdad que la escritura refleja la personalidad, el texto revela lo sospechoso que eres como persona.

—¿Sí? —respondió el hombre con una mirada de sorpresa, y continuó más animado, lamiéndose el labio inferior—. Es que... ¡Ay, qué lío!... Es que intenté imitar el estilo de un novelista célebre...

En todo el cuerpo se me encendieron las capas enteras de los nervios. Sentí un escozor irritante que se extendía por toda mi piel como si fuesen los dibujos de un mapa, y no pude dejar de rascarme, a sabiendas de que así iba cayendo cada vez más en la profundidad de la trampa.

—Bueno, supongamos que, como dices, realmente estás en apuros. Igualmente, lo que dices me parece incoherente, porque sólo insistes en la desventaja de ser *idéntico al ser humano* para destacar los aspectos negativos de tu apariencia. ¿Por qué no intentas otra forma de comprobar la desventaja? No cuentas tan sólo con tus rasgos físicos. Mira, al viajar al extranjero, pensamos mucho en los regalos que vamos a comprar. Ya que cada país tiene algo propio, un artículo cotidiano que puede representar lo particular de su cultura. ¿Cómo es posible que no se te ocurriera traer algo típico de Marte al salir de viaje?

—Claro que pensé en eso. —Inesperadamente el hombre se puso cabizbajo, como apenado, tocándose la punta de la nariz—. La prueba más palpable en mi caso sería el vehículo en el que viajamos. Lamentablemente nuestro vehículo es nada menos que el Sistema de Transposición Forzada, que no necesita ninguna estación. Me gustaría mostrárselo, pero el sistema carece de forma material. Había consultado mucho con los miembros del comité para traer objetos típicos que me sirvieran de respaldo. Pero fue en vano, porque los terrícolas son tan hábiles con las manos que hasta falsifican billetes. De hecho, me sorprendieron al inicio; el grifo de agua con botón, el aparato de masajes eléctrico, la silla con un diseño innovador, el traje de baño femenino ultrasexi, no encontré ningún objeto marciano que no existiera aquí...

—¿Y dices que todas son imitaciones de los objetos marcianos?

—Al principio pensé que eran simples coincidencias. A pesar de que tenían las mismas formas, los usos eran completamente distintos. El grifo de agua con botón, por ejemplo, es en Marte la máquina automática para cambiar cheques por monedas. Cuando entré al baño de un centro comercial por primera vez, me quedé atontado al ver los botones en fila. El aparato de masajes eléctrico es un instrumento musical muy popular, y el traje de baño ultrasexi allá es ropa interior térmica. Una silla es también una silla en Marte, pero esa silla con una estructura tan frágil es un producto que sólo es posible de idear al tomar en cuenta el sentido marciano de gravitación baja. Empecé intrigado a averiguar y me di cuenta de que la aparición de esos

artículos semejantes era un fenómeno relativamente reciente, de estos últimos diez años... Es curioso porque esto coincide con la llegada del primer viajero marciano a la Tierra, que fue exactamente hace diez años.

—Y de ahí en adelante, han venido tres mensajeros marcianos cada año con las muestras de nuevos productos.

—Deje de ironizar, señor, que no podría responder sus argumentos. Aquí traigo una de esas miserables muestras. Si le interesa, se la enseño. Estaba muy confiado en su encanto cuando salí de viaje, pero mire, ¿qué cree que es?

Lo que sacó del bolso para deslizarlo sobre la mesa con la punta del dedo fue un coche de juguete, del tamaño de una caja de fósforos.

—Es un coche de maqueta, común y corriente.

—No, señor, no lo es... Es una obra de arte, Toy Art, realizada por verdaderos artistas del juguete. Su estética consiste en crear lo imposible, lo inexistente en la realidad. Creo que ésta se titula *El miedo de la existencia*. Al enterarse de que aquí la tratan como una simple maqueta de juego, seguro se enfermarían, literalmente, de miedo.

—Hubieras traído una maqueta de verdad.

—No se me había ocurrido, desafortunadamente... De paso, mire esto también... aunque sé que no le va a convencer...

Entre los dedos apareció titubeante una foto en blanco y negro. Tenía el tamaño de la palma de la mano, con los bordes desgastados. Parecía un objeto ordinario que me costó trabajo reconocer.

—Esto... es una cabina telefónica...

—Déjeme decirle que no lo es, pese a su apariencia. Se trata de la misma estación de transposición material, que es el sustento de la civilización marciana. Aquí la copiaron hasta en los detalles del diseño.

—Pero la forma del teléfono también es idéntica.

—Sí, me dejó boquiabierto cuando lo vi por primera vez aquí... Hasta la manera de usarlo es idéntica... Levanta el auricular, marca el número para llamar a la estación deseada y coloca una moneda en la ranura que está en el lado derecho. Empieza a funcionar el sistema antigravitacional y usted llega al destino de inmediato, ¡en un tris!

En la siguiente foto se veía un escenario, un poco familiar, como de alguna película de ciencia ficción. Preferí ignorarlo para no darle la oportunidad de intervenir con refunfuños sobre el plagio de los cineastas terrícolas y me lancé al ataque de una vez.

—Bueno, ya veo lo que quieres decir sobre el espíritu falsificador que tenemos nosotros. Pero habrá cosas que jamás podríamos imitar.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, perros, pájaros o cerdos marcianos... No serás tan necio como para decir que todos los animales marcianos son idénticos a los terrestres.



—Ay, qué lío.

—No te pido que me muestres un cerdo, pero sí podrías cargar alguna que otra muestra de insectos, que no pesarían mucho.

—Es que no existen.

—¿Cómo que no?

—Es que no somos marcianos desde el origen. Sabrá usted que casi no hay agua en Marte y, por lo tanto, ahí no evolucionan los animales. Nuestros antecesores emigraron hacia Marte desde algún otro planeta lejano y somos como la séptima generación. Parece que ellos llegaron sin animales, porque ya tenían desarrollada la tecnología para producir artificialmente una proteína a base de petróleo y no necesitaban animales domésticos. Bueno, díjeme discutieron mucho la posibilidad de llevar flores...

—Ahí sí que exageraste. Qué bueno que tenían proteína artificial, ¿pero dónde conseguían el petróleo? ¿Acaso los primeros migrantes transportaron tanta cantidad de petróleo como para alcanzar hasta la séptima generación? No digas idioteces, que no soy ningún ignorante. Marte es un planeta muerto, o mejor dicho, nunca hubo vida. Si no hay vida, no hay ni petróleo ni carbón, ¿ves?

—Tiene toda la razón —balbuceó avergonzado el hombre y empezó a sacudir el cuerpo hacia adelante con las manos metidas entre las rodillas—. He cometido un error... Pero usted es cruel, señor... Acertó el punto más débil.

—Por eso te lo digo: es una tarea muy ardua tratar de engañar a la gente.

Fue un buen golpe. Creí que por fin lo había vencido. Al verlo tan desolado como si hubiera perdido la lotería por diferencia de un número, sentí surgir una risa repugnante, con setenta por ciento de rabia y treinta por ciento de misericordia. No me supo bien la victoria después de haber tenido que esquivar tantas dificultades. Fue una batalla insignificante cuyo único logro consistió en deshacerme de un bicho aplastado. De todas maneras, le mostré la generosidad del vencedor al ofrecerle un cigarrillo antes de despacharlo.

El hombre, sin embargo, rechazó el cigarrillo y se mantuvo en la misma postura con las manos entre las rodillas, agitando el cuerpo adelante y atrás, mientras emitía palabras susurrantes de excusa entre los labios fruncidos.

—No se trata de engañar a la gente sino... También hay cosas que no puedo decir...

—¿Qué te pasa? Puedes confiar en mí.

Lanzando una bocanada de humo hacia el techo, pensaba en cómo acabaría con todo esto, cuando el tipo me interrumpió con su risa sorpresiva y sus frases atropelladas.

—Claro que puedo confiar en usted, sí ¡por supuesto! Le puedo contar todo porque usted ya es de nuestro bando, perdone, señor, es que no se me había ocurrido. Mire, el Sistema de Transposición Forzada se puede poner en marcha con el sentido inverso. De hecho, una vez al mes, en un sitio determinado, durante una temporada específica, se abre un túnel temporal ante nosotros. Si no fuera así, estaríamos sin recursos materiales. Por eso... utilizamos industrialmente la máquina... ¿ya me entiende, señor?

—O sea que están robando.

—No, cómo cree. Sólo estamos explotando yacimientos ignorados del continente submarino, que no pertenecen a ningún país. Fuera de eso, sólo sacamos aire de temperatura moderada, agua marina y un poco de hielo polar, que no son de nadie. ¿Ve que no se trata de ningún robo? Al contrario, podemos reclamar legalmente todo esto como nuestro... El gobierno marciano está dispuesto a pagar el aire y el agua, incluyendo lo ya consumido, con la condición de que los países terrestres firmen un tratado de comercio con nosotros. No se lo digo sólo para caerle bien. Dejando aparte el beneficio material, piense en lo que va a pasar cuando los terrícolas aterricen en Marte en este mismo estado. Serán conducidos con burla al cementerio de la locura por causa de «neurosis topológica». Esto ya sería una cuestión humanitaria que no podremos ignorar. En tal caso, sólo nos quedarán dos alternativas: o que definitivamente abandonemos Marte para no volver a contactar con ustedes o que bloqueemos de una u otra manera nuestro planeta para rechazar los cohetes lanzados

desde la Tierra. Fácilmente se puede imaginar el riesgo que implica el contacto entre los terrícolas y los marcianos sin previas preparaciones psicológicas. Es urgente formalizar un tratado interplanetario tanto por cuestiones materiales como mentales. Es decir, es crucial el papel que juegan los representantes en los respectivos planetas, ¿entiende? Asuma el cargo sin escrúpulos, y será una persona muy importante, respetada por todos, en los dos planetas. ¿Todavía insiste en negarse, señor?

La discusión volvió al punto de partida. Con la persistencia de un disco viejo que repite eternamente la misma melodía, me sentí como un bicho mareado por el insecticida. Por otro lado, el insecto dañino, supuestamente ya aplastado, resucitó como si no le hubiera pasado nada, y empezó a acosarme de nuevo, castañeando los dientes. Por un minuto me cruzó por la cabeza que acaso sería mejor participar que observar, y me dejé tentar por el deseo momentáneo de presenciar los disparates que seguirían al complacer al hombre en su petición... Pero esos ojos irritados que saltarían al sonarse la nariz... la nuez de Adán porosa que subía y bajaba con nervios... Al fin me controlé ante lo grotesco de su apariencia.

—A ver, vamos a encender la radio, que puede haber novedades sobre el cohete marciano.

—¿Novedades, dice? —El hombre reaccionó ofendido, sin tratar de ocultar su repulsión—. Es inútil. Si el cohete llegara a aterrizar en un punto donde se alcancen a ver objetos llamativos, le lanzarán inmediatamente un misil o lo mandarán a alguna otra parte. Igualmente, sólo transmitirían la imagen de una inmensa llanura ocre.

Luego, movió la mano para mirar el reloj de pulsera.

—¿Pero ya es la hora de los noticieros?

Yo también miré el reloj. De repente sentí el flujo del tiempo real que se desbordaba ruidosamente de mi interior como la crecida de un agua tumultuosa. Súbitamente recordé a mi esposa con preocupación, sentí que me estrangulaba.

—¿Qué le habrá pasado? Ya van cuarenta minutos.

—Es verdad. Ha tardado demasiado si sólo iba a dar una ojeada.

Estuve a punto de decirle que él tenía la culpa de todo esto, pero preferí aprovechar la ocasión para cortar de una vez la conversación y me puse de pie con tanta fuerza que derribé la silla.

—Mejor salgo un segundo para ver qué pasa.

—Claro, si lo desea usted, señor. Se lo recomendé desde el principio.

Sospeché de nuevo al observar sus manos que se afanaban, con demasiada jovialidad para mí, en guardar sus pertenencias en el bolso. No era una sospecha infundada, ya que en las comisuras palpitantes de los labios se distinguía una risa secreta. Era obvio que evitaba mostrar su alegría, lo cual me parecía más chocante todavía. Es muy probable que hubiera estado a la espera de esa última frase. Hasta entonces, todas sus trampas habían sido meramente verbales, pero ahora no podía imaginar qué era lo que me esperaba; ¿qué estaría tramando este hombre? Estaba sumamente intranquilo, como si estuviera apurado y estancado al mismo tiempo.

Tenía los ojos llenos de lágrimas a causa del humo del cigarrillo que colmaba el espacio.

El hombre colocó el bolso y el manuscrito debajo de su brazo y fue arrastrándose hacia la salida, pero se detuvo ante la puerta, como recordando algo, y giró de golpe, casi a punto de estrellarse conmigo. Tuve tan cerca su cara que no supe si estaba enojado o sonriente. Sólo su voz me sonó muy vívida.

—Es realmente un honor poder invitarlo a mi casa, señor... Se lo digo en serio... Mire mis ojos, y sabrá que no estoy bromeando... Mire, señor, no me gustaría ocasionarle ninguna molestia si fuera posible...

—¿Qué quieres decir? —Retrocedí un paso con el pecho arqueado hacia atrás—. ¿De qué te preocupas?

—De nada, pero es que, entienda, ella está un poco chiflada y quién sabe qué se le ocurrirá pedirle. Lamento decirle que soy incapaz de desobedecerle, aunque diga cosas absurdas. Es capaz de decir que quiere bañarlo vestido, y no podré sino poner en práctica sus deseos si llegara a ordenármelo, por más que se resista usted, señor.

—Ah, ¿te refieres a tu esposa?... No te preocupes, no voy a entrar a tu casa.

—No se puede. Ella no se lo va a permitir.

—Sólo quiero saber qué le ha pasado a mi esposa, y no me interesa otra cosa.

—Da lo mismo. Si ella insiste en que usted entre, tendré que hacerlo pasar a la fuerza. Mire, señor, preferiría evitar líos, y me gustaría pedirle un favor de antemano... Por favor, no se le ocurra contradecir a mi esposa...

—Pero tu esposa, según ese informe, es una marciana común, completamente inofensiva...

—Es una mujer que calcula media hora para venir, viviendo aquí arriba en el mismo edificio... Además de fallar en el cálculo, ahora detiene sin razón a su señora que fue a buscarla cuando habían pasado cuarenta y cinco minutos...

—Claro, pues nos dejó plantados, ¿pero no dices que debe haber alguna razón que justifique la demora?

—Bueno, razón o sinrazón es una cuestión relativa.

—¡Qué incoherente eres! Si niegas la cordura de tu esposa, debes negar también tu propia cordura.

—Incoherente... incoherente... —gimió el hombre, mirándome a los ojos, y dejó caer con estrépito el bolso al suelo.

Apresurado tomó el fajo de papeles y se detuvo hojeando desordenadamente *Idéntico al ser humano* con los dedos de la mano derecha, ensalivados hasta las raíces.

—Ya basta con eso. No importa, vamos primero a tu casa, y después hablamos.

Pero el otro ya empezaba a recitar con fluidez el fragmento que había encontrado, haciendo énfasis en el contenido con un tono provocativo, como si se tratara de un manifiesto.

El día 40 de la segunda temporada, a los tres tercios del año x

Otro día sin resultado, regresé melancólico con pasos pesados. Mi esposa, que planchaba ropa, me preguntó cómo andaba, sin girar la cabeza para mirarme.

«No, nada. Muy mal. ¿No hay novedades interesantes?», le dije.

Al escuchar su respuesta negativa, dije en un tono quejumbroso: «Por aquí, sin ninguna novedad. Hoy me fijé en un profesor de filosofía y en un investigador de astrología para hacer algunas indagaciones. La encuesta de siempre, sabes, preguntar si cree o no en la existencia de los marcianos...».

Ahí mi esposa intervino sin perder tiempo: «¿Acaso dijiste algo raro?».

Sin alterarme, le contesté con una sonrisa: «No te preocupes, mi amor. Soy un profesional. Tomé las precauciones y di varias vueltas para no dejar rastro».

Y mi esposa me preguntó con un tono enfático: «¿Estás haciendo algo sospechoso?».

Me enderecé al decir: «Nuestra misión es muy arriesgada. La segunda orden que dejé en tus manos también conlleva obstáculos y peligros. Una labor ardua, en fin».

Mi esposa, más intranquila ahora, arqueó el ceño con los labios fruncidos y dijo: «No entiendo nada de nada».

Su comportamiento extraño me preocupó. «¿Cómo que no entiendes nada? Tu trabajo consiste en contactar con los hospitales y manicomios de todo el país para reunir información: todos los documentos relacionados con la vida de los neuróticos y amnésicos que se han declarado marcianos. Si todavía no lo has comprendido, ¿por qué estuviste todos estos días esperando la llegada de las cartas?».

El rostro de mi esposa palideció repentinamente, y la oí decir: «¿Qué te pasa, mi amor? Somos agentes de seguros».

«¿Seguros?», le grité y me quedé mudo. ¿Se habría contagiado del síndrome terrestre? Pobre mujer, después de buscar tanto tiempo un caso del síndrome terrestre sin encontrarlo, fue ella quien terminó siendo la víctima. (Dije afligido:) «¡Achobich, kulibich, kulichbili, kuch!».

Mi voz sonó en el vacío ante los labios helados de mi esposa. Pobre de mi esposa, se habrá olvidado de nuestra misión y de ese planeta de hierro rojo, nuestra patria. Ya ni se acuerda de esa Canción de los misioneros que yo mismo había copiado en el hospital y que discutimos la noche entera, releyéndola varias veces. ¡Qué dolor, no me había dado cuenta de lo solitaria que estabas!

Declaro que tu martirio no será en vano. Cumpliste bien con tu misión al asumir el síndrome terrestre en tu propio cuerpo. Sacrificaste tu vida por el progreso de la cultura marciana, convirtiéndote en una muestra viviente del síndrome terrestre. ¡Alabada sea entre los marcianos la retorcida alma de mi

esposa!

*¡No me había dado cuenta de lo sola que estabas! ¡No sabía que alguien podía caer en el síndrome terrestre a causa de la soledad, sin haber pasado por la etapa de neurosis claustroal que lo hubiera condenado al manicomio! Te juro, mi amor, que hoy será tu último día de soledad. Seré tu siervo y no tendrás que soportar más la soledad. Seré tu robot para evitar que empeore tu síndrome terrestre. Si quieres romperle la cabeza a alguien, ordénamelo a mí; si quieres despedazar a alguien, mándamelo a mí. Aguanta un poco más, mi amor. Siguiendo tu ejemplo de cumplir bien el segundo mandato, me dedicaré de cuerpo entero a consumir el primero. Y regresaremos juntos. De un salto atravesaremos el túnel del tiempo para volver a nuestro planeta. ¡Dejaremos atrás el infierno idéntico y nos despediremos de la neurosis topológica!*

De la punta de su nariz cayó una gota de sudor que manchó la hoja. Mientras la limpiaba apresuradamente con el codo, el hombre me miró fijamente.

—¿Entiende? Jamás perdonaré una ofensa contra mi esposa.

—No inventes, no la estoy ofendiendo.

—Nadie puede desobedecerle... Ni usted, señor... Ha sufrido dolores tan terribles.

—Por lo que veo según tu diario, tu esposa ha de ser una demente con cierta lógica. No se le nota ningún síntoma, salvo el hecho de ser alguien *idéntico al ser humano*, ¿verdad?

El hombre asintió y comenzó a hablar, despacio, como masticando las palabras.

—O sea... a ver... ¿Está insinuando que en realidad está sana?

—Bueno... Será difícil afirmar definitivamente que no...

—Hable más claro, señor. Si mi esposa no está cuerda, es altamente probable que yo esté cuerdo. Naturalmente, usted ya no tendrá entonces argumentos para declinar el cargo como representante marciano. ¿Está de acuerdo?... A mí me conviene, desde luego... Así terminaré bien mi trabajo y podré abordar tranquilamente el túnel del tiempo con mi esposa... Aquí están todos los documentos que acreditarán su consentimiento. Lo único que falta es su firma...

—No, hombre, prefiero creer que tu esposa está bien.

—Bueno, entonces pierda cuidado de una vez. Si se trata de una mujer terrícola, no tiene por qué asustarse. ¿O alguna vez le ha pasado algo así de espantoso...?

—No estoy asustado.

—Bueno, entonces, vamos.

—Sí, vamos... —alcancé a balbucir con voz trémula, todavía incrédulo ante la posibilidad de hallar otras trampas más adelante.

Al hombre se le escapó una risita sofocada.

—Usted es bastante cauteloso, señor... Pero he pasado un rato muy divertido... Bueno, estoy un poco cansado... ¿No dejó nada? ¿Seguro que apagó bien el

cigarrillo?...

Creo que ha llegado el momento de concluir la historia. Apenas di el primer paso fuera de mi estudio, acompañado por ese hombre tan extraño, me precipité a ciegas por una cuesta empinada que me conduciría directamente al tribunal de la locura.

¿Pero usted ya se había dado cuenta?... ¿Qué buscaban mis enemigos al tenderme esta trampa?... ¿Dónde estuvo la clave de toda esta trama tan intrincada?... ¿Por qué no fui capaz de esquivarla?...

Dicen que lo mejor para ocultar una gran mentira es rodearla de numerosas mentiras pequeñas. Al menos, a mí me resultó fatal ese truco. El recorrido no duró ni dos horas, pero todo el camino estaba cubierto por incontables hojas de mentiras. Para colmo, hasta el último momento, tuve la sensación de ser un espectador protegido... Sólo me fijaba con cautela en la falsedad de las escenas para no pagar más de lo que valía el espectáculo...

Una vez fuera de casa, la luz diurna, que evidenciaba la existencia de la realidad circundante, se había acumulado en exceso junto a las convenciones monótonas de la vida cotidiana. Comparados con mi estudio asfixiante, ideal sólo para los agorafóbicos, el pasillo húmedo y la escalera herrumbrosa tenían una presencia imponente, que, como si se tratase de un café recalentado, me sacaron de aquel extraño sopor. Tal vez por eso me relajé demasiado, como nos pasa a la salida del cine, y desactivé casi por completo mi estado de alerta. Jamás imaginé que subía una escalera que comunicaba con un mundo diferente, del cual ya nunca podría escapar...

Sí, ahora lo recuerdo con nitidez: por una ventana alta que delimitaba la pared del descansillo entraba un rayo ocre; adoptaba la forma de unos bloques cuadrados de cristal, lo que creaba un extraño efecto de contraste. Cuando la claridad y la oscuridad se entrecruzaban, me fijé en las arrugas que se formaban en la tela del pantalón y en las pantorrillas del hombre que caminaba delante de mí. Se deslizaba sin hacer ruido, con la agilidad de un escribano del agua, ese insecto que, con pasos extrañamente inseguros, desafía la tensión superficial... Esa escena anónima resultó ser el último fragmento de un mundo flotante...

Luego, la puerta blanca del apartamento B del tercer piso —no era de blanco puro sino de esa pintura corriente, un tanto azulada— ya pertenecía a un mundo diferente y de nombre propio. El sonido al quitar la cadena en respuesta al timbre, el girar de la cerradura... y la cara de esa mujer... sus ojos candorosos y resplandecientes... Esa mujer felina, sin sentido de la vergüenza, y que siendo inmadura había llegado a ser tres veces más madura que una adulta normal gracias a su excesiva dependencia... resultó tan diferente de la imagen que había creado el diario y el relato del hombre, que de entrada no supe cómo reaccionar.

Con ojos inquisitivos busqué las sandalias de mi esposa, que deberían estar en el



zaguán... pero todo parecía invisible... mi esposa ausente... el vacío de mi esposa...

—Tardaste muchísimo, mi amor... Disculpe que le haya robado tanto tiempo.

La mujer nos dirigió esta frase tanto al hombre como a mí, en un tono jocoso que no correspondía de ninguna manera a la preocupación que tenía por mi esposa. Debo confesar que me dejé arrastrar perezosamente por la corriente. La actitud de la mujer fue muy realista; se trataba de una de esas mujeres neutralizantes que transformarían cualquier sentimiento en un efímero gas, vertiendo álcali al ácido y ácido al álcali. Las órdenes arbitrarias, que tanto temía el hombre que yo no pudiera desobedecer, no parecían brotar de su boca por más caprichosa que fuera.

Bueno, apenas me hicieron pasar a la sala —si me preguntan por qué no me fui de ahí de manera inmediata, no sabría darles una respuesta clara—, presencié una extraña escena, que me hizo sospechar.

La mujer me ofreció un cojín y me acercó un ventilador para que lo encendiera.

—No te preocupes, amor, anda a bañarte.

El hombre me hizo rápidamente una señal cómplice con los ojos, mientras se colocaba el índice en los labios... De nuevo experimenté, sin querer, el sabor amargo de un pastel de plástico probado por error. Pero la sonrisa que se le escapó a la mujer al mandarlo fuera de la sala fue mucho más sospechosa.

—Mi marido sufre de una neurosis bacteriológica, y no se conforma tan sólo con lavarse las manos después de andar por la calle.

Inmediatamente se invirtió la relación entre amo y vasallo. Ciertamente, cualquier peligro, cualquier misterio, se develaría reduciéndose a un muñequito de papel en esta sala tan llena de viento y de luz. Recuerdo que en todos los rincones de la habitación bailaban, abigarrados, colgados o pegados a las paredes, los muñequitos de papel, seguramente hechos a mano con ingenuidad por la mujer, que carecía totalmente de sentido estético. En un estado de desencantamiento total, el hombre empezó a parecerme un triste muñeco de papel mal terminado y la mujer una miserable ama de casa que cuida muñecos andrajosos en lugar de mascotas.

—¿Quiere un refresco...?

La mujer iba a levantarse, pero la detuve con arrogancia.

—No se preocupe, que ya me voy. Disculpe, ¿no ha venido mi esposa? Hace como cuarenta, cincuenta minutos que...

—Claro, qué persona tan simpática... —La mujer juntó las manos con una risa que le cubrió todo el rostro—. Usted también me parece muy simpático, señor. Una pareja ideal, me parece.

—O sea que sí pasó por aquí.

—¿Está enojado conmigo, señor?... Seguro que está disgustado... por esa promesa de llegar en media hora, que nunca cumplí...

—¿Quiere decir que mintió a propósito? ¡Increíble! Esto es el colmo del descaro. ¿Con qué objeto hizo algo tan reprochable?

—Su señora sí me comprendió. Me dijo que todas las mujeres sufríamos por lo

mismo. Mi marido es un hombre, ya lo sabe, que no sirve para nada, pero tampoco lo puedo abandonar como a un perro. Después de haber convivido tanto tiempo con él, lo quiero con un amor casi maternal...

—Sea más concreta, por favor... ¿Por qué me mintió?

—Porque me compadezco de él.

—¿Se compadece?

—Quería amigos. Cualquier persona que le hiciera caso.

—¿Amigos? No se haga la graciosa.

—Si no le hubiera alertado con mi llamada, usted ni siquiera lo habría recibido.

Detrás de la puerta entreabierta se oyó el ruido de la ducha. Su blusa de solapas extrañamente exóticas me ponía los nervios de punta, como la fresa del taladro en manos del dentista.

—¿Y por qué razón cree usted que estaba obligado a recibirlo?

—Claro, debí haber tenido más consideración. Es que mi marido se alborotó mucho esta mañana con la noticia del cohete marciano. Creo que se asustó ante la posibilidad de que se destruyera su ilusión. Al fin y al cabo, es como cualquier ser humano que anhela compañía. Todos necesitamos amigos, ¿verdad? Los niños empiezan a llorar cuando no tienen con quién jugar.

—¿Y dice que la comprendió mi esposa?

—Sí, estaba a punto de llorar de emoción.

—¡Deje de decir mentiras estúpidas!

—Bueno, he exagerado un poco.

—¿Y dónde está ahora?

—No me lo comentó... Sólo me dijo que iba a matar el tiempo para que mi marido pudiera estar un poco más con usted, señor...

—Qué cuento tan absurdo. Conozco bien a mi mujer. Sé muy bien que no es una hipócrita que se compadece más de un perro hambriento que de un hombre hambriento.

—¿Cómo que un perro hambriento?... Déjeme decirle que hay sentimientos que sólo comprenden las mujeres.

—Lamento decirle que no entiende nada, señora —dije saboreando la incontenible rabia con la lengua, como si fuera un jarabe para la tos—. Nada... Su marido no me parece una persona que merezca compasión. Es un presumido demasiado arrogante, experto en elaborar argumentos lógicos, capaces de vencer a la gente común.

—Pero es tan solitario...

—¿Usted sabe qué es la topología, señora?

—¿Será una medicina contra el eccema...?

—Reprobada. Topología significa geometría de fases, y su marido es especialista en esa área. ¿Dice que se compadece de él? ¡Qué risa! Quizá sea su cerebro el que merece más compasión.

—Pero él se cree marciano de verdad.

—¿Y qué hay de malo en eso? Otro gallo cantaría si usted tuviera argumentos para refutarle... Pero no me parece bien su actitud arbitraria... Si reflexionamos sobre el asunto, no se sabe tan fácilmente si su marido es un terrícola con el *síndrome marciano* o usted es una marciana con el *síndrome terrestre*.

—El certificado médico dice de manera clara que mi marido es un demente.

—Así le diagnosticaron en el hospital porque lo tomaron por terrícola. Otro caso de prejuicio.

—Mi marido es un ser humano...

—Es *idéntico al ser humano*... Pero tampoco hay manera de probar que no es marciano.

—¿Cómo es posible semejante barbaridad?...

Se le abrieron más los ojos. Sus párpados eran delgados como los de un pez, y parecía pedir auxilio, mientras el resto de la cara se le contraía en seco, y se esfumaba su aire inocente. El ruido de la ducha continuaba. Decidí seguir por el camino del placer sádico, elevando aún más la presión interior que bullía en mi cabeza.

—La realidad no necesariamente coincide con las apariencias. En la antigüedad, consideraban loco a quien dijera que la ballena no era un pez.

—Entonces, señor, ¿usted dice que yo puedo ser marciana...?

—Es posible. ¿O acaso usted tiene alguna prueba absoluta de que no es marciana? No, imposible. Mientras no se pueda probar, siempre queda la posibilidad.

—Pero es extraño... Si es así como dice, tampoco podrá probar que usted mismo no es un marciano con el *síndrome terrestre*.

—Por supuesto. Yo no tengo ninguna manera de probar que no soy marciano.

—¿Está seguro?... Me parece terrible su idea.

—Usted parece demasiado terca para ser la esposa de un marciano.

La mujer se agachó de pronto y lanzó un gemido propio de un gato atropellado, mientras se acariciaba las manos apoyadas sobre su pecho. Por un momento creí que experimentaba un ataque de histeria debido al temor o la confusión, pero luego el gemido se ablandó hasta convertirse en una risa desenfrenada. Ahí me di cuenta de la veracidad de lo que había pensado hacía unos minutos, yo mismo debía enfrentarme al hecho de que la realidad no necesariamente coincide con las apariencias.

—Qué alegría... Me emociona encontrarme con un defensor tan sobresaliente como usted, señor —dijo la mujer con voz desafinada, y levantó levemente su mirada—. Vamos bien, ¿no te parece?

—Claro, ya te dije que no iba a fallar —contestó una voz masculina justo detrás de mí.

Me di vuelta sorprendido. El hombre, que supuestamente tomaba una ducha, se encontraba ahí, con las rodillas alzadas, recostado sobre los restos de un baúl viejo y cargado contra la pared. La ducha no había dejado de sonar. Instintivamente me deslicé hacia la puerta y, mirando a los dos al mismo tiempo, me puse alerta moviendo las rodillas.

—Pero ¿qué es lo que quieren ustedes?

El hombre permaneció mudo. Mantuvo los ojos entreabiertos mientras contenía la risa. En cambio, la mujer se dirigió al hombre con voz dulzona.

—¿Grabaste la conversación, amor?

—Perfectamente.

—¿Hemos llegado ya a la mitad del camino?

—Como al setenta por ciento, creo.

—Gran éxito, ¿verdad? Estamos a tiempo, además.

—Sí, todo está bien calculado.

Al verme de repente acorralado entre dos locos, traté de buscar una vía de escape.

—Bueno, con su permiso, me retiro ya... Estoy ocupado y tengo mucho que hacer... Esperaba una llamada de la emisora y no puedo alejarme de la casa tanto tiempo.

—¿Qué importa todo eso ahora? Usted es marciano, señor —gritó alegremente la mujer como un fanático en un partido de tenis.

—Ya no hay necesidad de tratarlo como señor. Es un pobre amigo nuestro. —Se apoyó en el hombro de su mujer con decisión.

—Usted es un marciano que al desilusionarse de la vida se ha enfermado de *síndrome terrestre*...

—Su miserable apariencia de guionista de radio no es sino una máscara para ocultar su verdadera identidad: un misionero marciano que añora su patria...

—¿Será que no se acuerda de su pasado?

—Debe ser el instinto de autodefensa. No importa, mejor que nos lo llevemos así, en pleno estado de *síndrome terrestre*.

Me levanté de un brinco. En ese mismo instante, el hombre lanzó un cuchillo que la mujer recibió con gran habilidad. Aprovechándose un instante de mi turbación, el hombre levantó con las dos manos un objeto que parecía el desecho de un baúl viejo

y se me abalanzó encima. Pensé que iba a atropellarme de frente. No pude evitarlo. El hombre me envolvió de la cabeza hasta los pies con ese objeto extraño, una camisa de fuerza, que me dejó completamente inmóvil.

—¡Carajo, qué pasa! —grité desesperado. Me frustraba mi impotencia para encontrar expresiones de protesta. Una exaltación excesiva paralizaba mi cerebro—. ¡No es justo, qué barbaridad!... Si me hubiera enterado antes, quizá hubiera firmado el contrato de representante... Los que van a salir perdiendo con esta violación son ustedes.

—Lo siento mucho. Si le pica algo, dígamelo con confianza, le rascaré con mucho gusto —dijo la mujer sin inmutarse.

—Aguante unos minutos hasta que entremos en el túnel del tiempo... —El hombre retomó la palabra con un dejo de remordimiento—. Entienda que tuvimos que superar muchas cosas antes de localizarlo. Usted es el noveno misionero. Tenemos la pista de los ocho anteriores. Tres murieron en las explosiones de los aterrizajes malogrados. En la oficina de bomberos están registrados como explosiones o incendios por causas desconocidas. Los cinco restantes fueron enviados al manicomio. Seguramente se afanaron demasiado en impresionar con su identidad marciana; unos buscaron contactos directos con el gobierno, otros acudieron a los senadores... hasta hubo uno que dio un discurso en plena calle... Para colmo, todos ellos enloquecieron en el mismo manicomio... Claro, eso significó que se habían curado desde el punto de vista terrestre, y apenas les dieron de alta, se esfumaron como granos de arena en el desierto. Los buscamos por todas partes como si fuéramos perros de caza.

—Sospechando de cualquiera...

—Ya llevamos dos años y ocho meses siguiéndole la pista a usted.

—Hasta nos mudamos aquí, justo encima de donde usted vivía.

—Unas veces andando detrás de usted, otras preguntando a los vecinos...

—Y finalmente lo logramos.

Apretujado con la camisa de fuerza, imploré con palabras que parecían chillidos.

—Está bien, de acuerdo. Acepto el cargo de representante y firmo el contrato. Ahora mismo puedo depositar una suma si es necesario.

—No puede, porque usted es marciano.

—¡Yo soy un ser humano!

—Claro, es *idéntico*.

—Bueno, ya es la hora. —Mirando el reloj de pulsera, el hombre apuró a su esposa para que juntos agarraran la camisa de fuerza por los cabos del cinturón colgante—. Vamos entonces.

—¿A dónde?

Era inútil saberlo. No entendí el sistema, pero al tirar del cinturón hacia arriba y en diagonal, la camisa me apretaba todavía más, hasta dejarme completamente inerte. Salimos de la sala, atravesamos el pasillo y caminamos entre las sillas del comedor...

Nos detuvimos frente a una puerta, tras la que se escuchaba correr el agua... Era el baño.

—Es la hora de bañarse —dijo la mujer en tono juguetón, mientras yo me mantenía con los pies firmes para resistir por última vez.

—¿Qué harán con mi esposa?

—Depende de cómo haya sido su relación con usted.

—No sabemos decírselo con exactitud, porque no estamos a cargo de esos asuntos...

—Bueno, en consideración a la actitud tan cooperativa que ha tenido, la tratarán con generosidad.

Agarrando la camisa por el pecho como si quisiera calmar a un caballo brioso, la mujer abrió rápidamente la puerta con la otra mano, mientras el hombre me empujaba con las rodillas hasta hacerme caer al baño.

La bañera estaba ubicada a la izquierda y el lavabo a la derecha, con la ducha colgada en la pared frontal... Un baño común y corriente, casi idéntico al de mi casa —o mejor dicho, el sitio que había sido mi casa hasta hacía unos minutos—. La única diferencia —¿sería realmente una diferencia?— consistía en que de la ducha no salía agua sino algo amorfo de color verde claro, una especie de humo o fibra de nylon, con un fuerte olor a ozono.

En el momento en que vi el humo verde y me sofocó el olor, perdí el sentido como si me hubieran dado una cuchillada.

Al recuperar la conciencia, me encontré en este lugar.

En medio de los asientos asignados a los testigos del tribunal de la locura, encerrado en una jaula de espejos torcidos... Quizá es lo que comúnmente se conoce como manicomio... Pero no sé si la palabra común tiene sentido en este recinto.

Todos los días el médico viene a visitarme. El médico de cara hinchada y pálida, y la enfermera miope, de mejillas color melocotón maduro, vienen juntos para hacerme las mismas preguntas. Mientras la enfermera me pone el termómetro y me toma el pulso, el médico, abriendo y cerrando sus manos grasientas, me dirige siempre la misma pregunta:

—¿Cómo llegaste aquí?

Sólo el primer día me esforcé con desesperación en darle una explicación satisfactoria. Intenté confesarlo todo sin ocultar nada, incluso lo que no me quedaba claro. Sin embargo, el médico no soportó ni veinte minutos y, después de asentir con indiferencia, pasó a la siguiente pregunta:

—¿Y dónde crees que estás?... ¿En la Tierra o en Marte?

Me disgustó su actitud, pero le contesté obediente sin poder dudar todavía del valor de la «verdad».

—Mi razón me dice que estoy en la Tierra.

El médico permaneció indiferente. Sólo a la enfermera se le escapó una risita profesional.

Sigue la tercera pregunta:

—¿Eres un ser humano o un marciano?

Ya no sé qué contestar. Las dudas me acosan; siento como si un horrible insecto saliera de su crisálida para morder violentamente mi corazón... ¿Y si ese médico fuera un enfermo con neurosis topológica?... No podré probar con ningún argumento lógico que no estamos en Marte... En la Tierra también puede existir Marte sin contradicción... De la misma manera, este mundo puede ser Marte ocupado por la Tierra...

Y la última pregunta:

—¿Qué crees que soy entonces? ¿Un marciano o un terrícola?

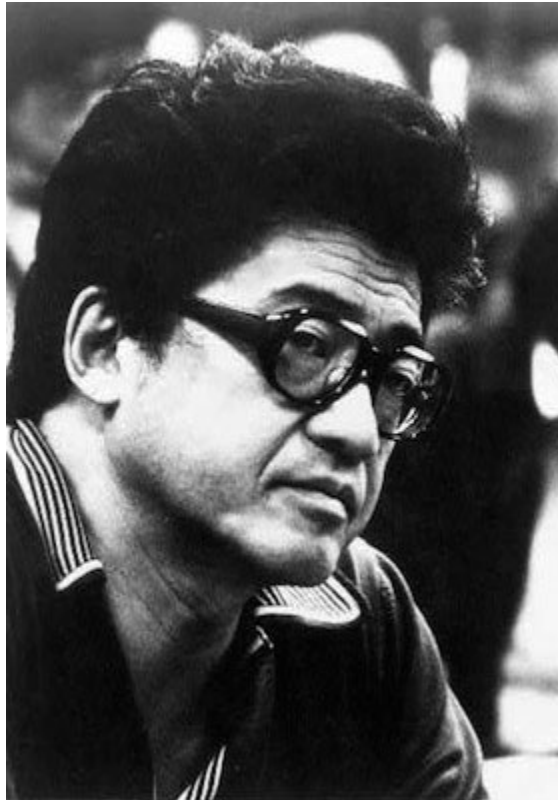
No puedo hacer otra cosa que callarme. Con un cronómetro en la mano, la enfermera mide la duración de mi silencio, que a sus ojos será una respuesta y un síntoma. Sé todo esto, pero no se me viene a la cabeza ninguna otra respuesta que el silencio.

Una vez al día, a una hora fija, me buscan el médico y la enfermera. El médico me hace las mismas preguntas. Permanezco en silencio. La enfermera mide mi silencio con el cronómetro.

¿Usted sabría contestarle? ¿Tendría una respuesta para satisfacer al médico? Si la tiene, le suplico que me la diga. Yo no me callo porque quiero.

Sí, quiero saber: ¿todo esto será la consecuencia de una fábula sometida por la realidad o de la realidad rendida por una fábula? Me gustaría preguntárselo a usted, que está situado fuera de este tribunal. El lugar donde se encuentra, ¿pertenece a la realidad o a la fábula?...

(1967)



KÔBÔ ABE (Tokio, 1924-1993). Heredero de Jun'ichirô Tanizaki, Ryûnosuke Akutagawa y Osamu Dazai, es uno de los autores clásicos de la literatura japonesa del siglo xx. Cursó Medicina en la antigua Universidad Imperial de Tokio pero nunca llegó a ejercer la profesión. En su juventud militó en el Partido Comunista Japonés, del cual fue expulsado por sus diferencias respecto de la libertad de creación y los derechos humanos en el entorno soviético. Es autor de las novelas *La mujer de la arena* (1962), *El rostro ajeno* (1964) —ambas premiadas y llevadas al cine—, *Idéntico al ser humano* (1967), *El hombre caja* (1973) y *Encuentros secretos* (1977), entre otras, además de numerosos relatos y obras teatrales.